La conquista del ESPACIO

EL PLANETA ENCANTADO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

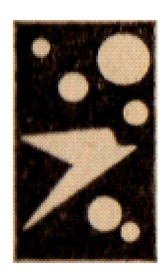
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

537 – Cerebros cautivos, *Curtis Garland*.
538 – Puerta a la galaxia, *Clark Carrados*.
539 – Guerra cíclica, *A. Thorkent*.
540 – El cosmos no es infinito, *Glenn Parrish*.
541 – El planeta del holocausto atómico, *Ralph Barby*.

JOSEPH BERNA

EL PLANETA ENCANTADO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 542
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.700 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Corría el año 2245.

Las astronaves terrestres, cada vez más veloces y poderosas, habían explorado ya gran parte del Universo.

Pero quedaba mucho todavía por conocer.

Infinidad de galaxias que recorrer.

Cientos de planetas que explorar.

Tal vez miles.

La inmensidad del cosmos era tal, que resultaba difícil de calcular.

Las astronaves terrestres llegaban cada vez más lejos en sus continuos viajes de exploración espacial, trazaban nuevas cartas de navegación, nuevas rutas que seguir, señalando cada estrella, cada planeta, cada satélite…

Era el caso de la «Saturno-XII», la más grande y moderna de todas las astronaves terrestres, capaz de desarrollar fantásticas velocidades.

La «Saturno-XII» hacía casi dos meses que había partido de la Tierra, comandada por Yanis Borzov, un veterano hombre del espacio pese a que todavía se le podía considerar un tipo joven, ya que contaba treinta y siete años de edad.

Yanis Borzov era sólo un muchacho cuando realizó su primer viaje de exploración espacial, pero pronto demostró sus excepcionales cualidades para desenvolverse en los espacios siderales, escalando rápidamente las distintas categorías, hasta convertirse en el más joven de los comandantes terrestres destinados a la exploración del cosmos.

De ahí que, con absoluta unanimidad, las autoridades terrestres decidieran confiarle el mando de la «Saturno-XII», tan pronto como ésta estuvo en condiciones de realizar su primer viaje por los espacios infinitos.

A la hora de formar la numerosa tripulación, el comandante Borzov no se olvidó de Viktor Nowak, un joven de veintisiete años de edad, alto y espigado, pero fuerte y resistente como pocos.

Viktor Nowak era inteligente, inquieto, audaz, y muy experto pese a su juventud, pues había viajado mucho por el espacio sideral.

A Yanis Borzov, Viktor Nowak le recordaba mucho a sí mismo cuando tenía su edad. Tal vez por eso le apreciaba tanto y confiaba de manera absoluta en él, en su capacidad para afrontar y resolver satisfactoriamente cualquier situación difícil.

Ese aprecio y esa plena confianza eran mutuos, de ahí que, cuando el comandante Borzov propuso a Viktor Nowak ser segundo de a bordo en la «Saturno-XII», éste aceptara encantado.

El largo viaje, hasta el momento, había transcurrido con absoluta

normalidad, sin incidentes de ningún tipo.

La «Saturno-XII» había surcado las rutas conocidas en aquellos dos meses de viaje. A partir de ahora, comenzaba lo verdaderamente interesante, pues la fantástica astronave se estaba adentrando en una galaxia virgen, desconocida, que en días sucesivos iría explorando, hasta conocer sus más recónditos lugares, que poco a poco irían quedando plasmados en la nueva carta de navegación que el comandante Borzov se encargaría de confeccionar.

De hecho, Yanis Borzov ya la estaba preparando sobre la mesa de su despacho.

Absorto en su tarea, el comandante Borzov no se dio cuenta de que era la hora de sustituir a Viktor Nowak en el puente de mando.

Cuando se percató de ello, había pasado casi una hora.

El comandante de la «Saturno-XII» se recriminó a sí mismo por su olvido e interrumpió inmediatamente su trabajo. Se levantó de su sillón y abandonó rápidamente el despacho.

Yanis Borzov era un hombre de elevada estatura y robusta complexión, pelo negro, piel morena, facciones correctas. Vestía un ligero traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado. De su cinto pendía una pistola de rayos láser.

Con paso rápido, se encaminó hacia el puente de mando.

Cuando lo alcanzó, encontró a Viktor Nowak visiblemente nervioso, aunque el joven, que tenía el pelo rubio y un rostro agradable, se esforzó por disimularlo.

—Hola, comandante —saludó el segundo de a bordo de la «Saturno-XII» con una sonrisa.

—Siento haberme retrasado casi una hora, Viktor —se disculpó Borzov—. ¿Por qué no me avisaste? Me enfrasqué en mi trabajo y...

—No tiene importancia, comandante.

—¿Alguna novedad, Viktor?

—Ninguna, señor. Todo está tranquilo.

Borzov le dio un par de cariñosas palmaditas en la espalda.

—Puedes retirarte, Viktor.

—Gracias, comandante.

—Y dale un beso de mi parte.

—¿A quién, señor?

—A la bella tripulante que te está esperando.

El simpático rostro de Viktor denotó sorpresa.

—¿Cómo sabe usted que...?

Yanis Borzov rió.

—No lo sabía, pero lo sospeché cuando vi lo nervioso que estabas.

El segundo de a bordo también rió.

—A usted no se le escapa nada, comandante.

—Vamos, corre en su busca, ya has perdido demasiado tiempo por

mi culpa.

—¡Le daré el beso, comandante! —prometió Viktor Nowak, y se disparó como una flecha.

No dejó de correr hasta que estuvo frente al camarote de Karin Wheeler, la chica con la que había quedado en reunirse cuando el comandante Borzov le relevara en el puesto de mando.

Apretó el pequeño disco rojo de llamada.

Algunos segundos después, la puerta se abría, accionada a distancia por Karin Wheeler, una hermosa muchacha de cabello rubio ceniza, ojos muy claros y labios preciosos.

Karin se hallaba sentada en su litera, el rostro serio.

Saltaba a la vista que estaba enfadada y Viktor Nowak sospechaba por qué: su retraso.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» entró en el camarote exhibiendo su mejor sonrisa.

—Karin, cariño... —dijo, alargando sus brazos hacia la muchacha.

—Viktor, gusano... —repuso ella, empleando el mismo tono dulce de él, pero sin desfruncir el ceño, Viktor Nowak se quedó parado.

—¿Cómo me has llamado?

—Gusano, te he llamado gusano. Y lo eres —masculló la joven, al tiempo que accionaba el mando de control remoto que tenía en las manos.

La puerta del camarote se cerró silenciosamente.

Viktor Nowak, perplejo, preguntó:

—¿Qué diablos te pasa, Karin?

—¿A mí?

—Comprendo que estés molesta porque me he retrasado una hora, pero de eso a que digas que soy un gusano...

—Con cien patas, por lo menos.

—Basta ya, Karin —se enfadó Viktor—. Si me he retrasado, no ha sido por mi culpa.

—¿De veras?

—El comandante Borzov se distrajo con su trabajo y me relevó una hora más tarde. Por eso no pude venir antes.

—Y yo voy y me lo creo.

—¿Por qué razón te iba a mentir?

Karin Wheeler lo miró furiosa.

—Sé por qué te has retrasado una hora, Viktor.

—Claro que lo sabes. Yo te lo acabo de explicar.

—Me refiero a la verdadera razón, no a la que tú te has inventado.

—¿Que yo...?

—Has estado con Irene Krieg.

—¿Con Irene...?

—¡Sí, confiésalo!

—¡No he visto a Irene Krieg en todo el día!
—¡Vienes de su camarote!
—¡Vengo del puente, Karin!
—¡Y un cuerno!
Viktor Nowak soltó un bufido.
—¿Por qué demonios supones que...?
—¡Ella me lo dijo!
—¿Irene...?
-¡Sí!
Viktor Nowak apretó rabiosamente los puños.
—¿Qué fue lo que te dijo exactamente, Karin? —¡Que ibas a ir a su camarote en cuanto el comandante Borzov te sustituyera en el puente!
—¡Eso es falso!
—¡Es la verdad!
—¡No, Karin, no! ¡Irene te mintió!
—¿Por qué iba a mentirme?
—¡Está celosa porque te prefiero a ti!
—¡Puede que me prefieras a mí, pero haces el amor con las dos!
—¡No es cierto!
—¿Vas a negar que has gozado con Irene?
—¡No, pero eso fue antes de que tú y yo...!
—¡Antes y después, Viktor!
—¡Te lo juro, Karin! ¡Desde que fuiste mía por primera vez, no he vuelto a hacer el amor con Irene Krieg! ¡Ni con Irene, ni con ninguna otra mujer de la tripulación!
—¡No puedo creerte, Viktor!
El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» se cubrió el rostro con las manos y permaneció así casi un minuto, tratando de serenarse.
En todo ese tiempo, Karin Wheeler tampoco dijo nada.
Viktor Nowak retiró lentamente las manos de su cara y miró a la muchacha, más tranquilo ya. En silencio, se acercó a la litera y se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y le sonrió con suavidad.
—Discutámoslo con calma, ¿quieres? Gritándonos el uno al otro, no solucionamos nada.
—¿Es verdad que vienes del puente, Viktor?
—Sí, Karin. El comandante Borzov te confirmará que me relevó casi una hora más tarde, si se lo preguntas. Por cierto, me pidió que te diera un beso de su parte —le hizo saber Nowak, y se lo dio.
Un beso corto.
Suave.
Muy tierno.
Karin Wheeler respingó.

—¿Está enterado el comandante de que tú y yo...?

—No, creo que no. Adivinó que me esperaba una de las chicas de la tripulación, porque me halló muy nervioso por su retraso, pero yo no le dije que eras tú. Y como él tampoco me lo preguntó...

La joven sonrió levemente.

—¿Sabes que empiezo a creerte, Viktor?

Nowak la besó de nuevo, con la misma ternura de antes, y aseguró:

—Lo que siento por ti, Karin, no lo había sentido antes por ninguna otra mujer. Estoy enamorado de ti. Te quiero. Soy totalmente feliz cuando estoy contigo. Irene lo sabe, y trata de separarnos. Quiere recuperarme como sea, pero no lo conseguirá. Ella no significa nada para mí. Es sólo un rostro atractivo y un cuerpo bien formado. Nada más.

Karin Wheeler le abrazó, los ojos brillantes de felicidad.

—Yo también te quiero, Viktor. Como nunca quise a nadie. Por eso me enfurecí tanto cuando la zorra de Irene me dijo que ibas a ir a su camarote esta noche. Perdóname por haberla creído. Y por haber dudado de tu palabra. Y por haberte llamado gusano...

—De -cien patas, por lo menos —recordó Nowak.

Rieron los dos alegremente.

Después, se besaron en los labios.

Apasionadamente.

CAPITULO II

Viktor Nowak se despertó al oír el suave pero intermitente zumbido de su reloj digital

Alargó la mano derecha hacia el reloj y oprimió un pequeño botón.

El zumbido cesó en el acto.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» contempló el bello rostro de Karin Wheeler, después de retirarle suavemente el cabello.

La muchacha dormía plácidamente a su lado, casi pegada a él, ya que la litera, para dos personas, quedaba un poco estrecha.

Evidentemente, Karin no había oído el zumbido del reloj-despertador de Viktor, pues ni siquiera se había movido.

Viktor Nowak decidió despertaría de un modo muy particular: a besos.

En los cerrados párpados, en los pómulos, en la naricilla, en los labios, llenitos y jugosos...

A! propio tiempo, con su mano derecha acariciaba su espalda, su firme cadera, sus prietas nalgas, maravillosamente redondas, sus esbeltos muslos, largos y sedosos...

El despertar de la muchacha, que contaba veintidós años de edad, no pudo ser, pues, más agradable.

Después de que todo su cuerpo se estremeciera dulcemente, desnudo bajo la brillante sábana, al igual que el de Viktor Nowak, Karin Wheeler abrió los ojos y sonrió.

—¿Son ya las ocho, cariño?

—Son las siete.

—¿Las siete...? —exclamó la joven, sorprendida.

—Sí.

—¿Y para qué pusiste el despertador de tu reloj tan temprano...?

—¿Tú qué crees? —sonrió Nowak, acariciando ahora los senos femeninos, erguidos y túrgidos, deliciosamente cálidos y suaves.

Los ojos de Karin Wheeler brillaron maliciosamente.

—Fue una gran idea, cariño —dijo, y ofreció sus carnosos labios al segundo de a bordo.

Viktor la besó con pasión, al tiempo que oprimía sus pechos y estimulaba sus deliciosos pezones.

Karin se abrazó con fuerza a él, excitada.

Viktor le acarició también el resto del cuerpo con avidez, sin dejar de besar su boca, de mordisquear sus labios, de realizar incursiones con su lengua.

Algunos minutos después, tenía lugar la íntima unión de sus

cuerpos desnudos, que resultó tan satisfactoria como las otras, porque el deseo iba unido al amor más puro y sincero.

Relajados ya, aunque estrechamente abrazados todavía, dándose cálidos besos y dedicándose mutuamente suaves caricias, Viktor Nowak susurró: —Eres maravillosa, Karin.

—Tú también, Viktor —respondió ella.

—¿Querrás casarte conmigo, cuando regresemos a la Tierra?

—Si nos seguimos queriendo tanto como ahora, sí.

—Yo aún te querré más.

—Espero que yo a ti también.

Continuaron algunos minutos más el uno en brazos del otro, hasta que Viktor Nowak dijo:

—Tenemos que levantarnos, Karin.

—¿Ya?

—Sí, son más de las siete y media. Y todavía nos tenemos que duchar.

—Ve tú primero. Yo me ducharé después.

—¿Por qué no nos duchamos juntos? —sugirió Nowak, pellizcándole la cima del seno izquierdo.

—Porque nos entretendríamos demasiado, pedazo de granuja —rió la muchacha.

—Seguro que sí —rió a su vez el segundo de a bordo, y saltó de la litera.

Recogió su slip del suelo y se introdujo en el cuarto de baño, olvidándose deliberadamente de su traje de color amarillo, de sus botas y de su cinto.

Ya se pondría todo eso cuando saliera del baño.

El traje de Karin Wheeler, de color crema, como los del resto de las mujeres de la tripulación, también yacía en el suelo, así como sus botas, su cinto y sus rosadas braguitas.

La joven se bajó de la litera y se enrolló la sábana a modo de túnica. Recogió sus cosas y las de Viktor y lo puso todo sobre la litera.

Mientras aguardaba a que el segundo de a bordo saliese del baño, Karin encendió un cigarrillo sin nicotina.

Había consumido sólo la mitad de él, cuando Viktor salió del cuarto de baño, con el slip puesto.

Se quedó mirando a la muchacha, que seguía con la sábana encima.

—Pareces una diosa griega, Karin.

—¿De veras te gusta el modelo...? —preguntó coquetamente ella, dándose la vuelta.

—Mucho. Pero aún me gusta más lo que hay dentro —respondió él, alargando los brazos.

Karin tuvo que dar un salto, para no dejarse atrapar.

—¡Estate quieto, Viktor!

—Voy a quitarte la sábana.

—¡No!

—Ven aquí, hermosa mía.

—¡Aparta, maldito! —gritó la joven, soltándole un zarpazo, al tiempo que intentaba pasarle por un lado.

Karin pasó… pero desnuda.

Viktor se había quedado con la sábana.

La muchacha dio un gritito al verse en cueros.

—¡Sinvergüenza! —exclamó, poniéndose las manos entre los muslos, para ocultar su triángulo íntimo.

Por seguir el juego, claro.

Viktor se lo tenía todo muy visto, lo mismo que ella a él.

Los ojos del segundo de a bordo de la «Saturno-XII» se posaron en la desnuda y redondeada grupa femenina.

—¿Quién se va a comer ese culito tan precioso…? —preguntó, y mostró los dientes, como si fuera un caníbal.

—¡No se lo va a comer nadie! —gritó Karin, y se introdujo corriendo en el cuarto de baño, cuya puerta se apresuró a cerrar por dentro.

Viktor Nowak rió con ganas.

Se enfundó el traje, se puso las botas y se colocó el cinto.

También él llevaba una pistola de rayos láser.

Al igual que Karin, encendió un cigarrillo para que la espera resultara menos aburrida.

La joven acabó de ducharse y entreabrió la puerta del baño, envuelta en la toalla que había utilizado para secarse el cuerpo.

—¿Me das mis cosas, caníbal?

—¿A cambio de qué?

—De nada.

—¿Qué harás si me niego, salir desnuda a por ellas? —No estoy desnuda, me he enrollado la toalla. Y así acudiré a mi trabajo, si no me das mis ropas.-—¿Envuelta en una toalla…?

—Sí.

—¡Darías el golpe, Karin!

—El golpe te lo daría a ti el comandante Borzov. —¡Seguro! —rió Viktor, y se dio mucha prisa en entregar a la muchacha sus ropas.

Karin observó que faltaba la prenda más íntima. Con fingido enfado, inquirió:

—¿Dónde están mis braguitas?

—Tú sabrás.

—Viktor…

—Regístrame, si quieres —sugirió Nowak, levantando los brazos.

—¿Sabes que estás muy juguetón esta mañana? —Y tú muy guapa.

—Venga, dámelas. Sé que las tienes detrás, enganchadas al cinto.

Viktor rió.

—Lo adivinaste, cariño —dijo, sacando la prenda íntima de su escondite.

Karin fue a cogerla, pero el segundo de a bordo la retiró, poniéndola fuera de su alcance.

—Viktor...

—Tienes que darme algo a cambio, Karin.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres?

—Un beso.

—Pero sólo eso, ¿eh?

—Sólo.

—De acuerdo, te lo daré. Pero devuélveme las braguitas primero.

—Nones.

—¿No te fías de mí?

—Por las mañanas, ni un pelo.

—Mira qué casualidad, lo mismo me ocurre a mí contigo.

—Venga ese beso, Karin.

—Tómalo, chantajista —rezongó la joven, y se lo dio.

Viktor le devolvió la prenda íntima.

Lo hizo con la mano derecha, mientras deslizaba la izquierda por debajo de la toalla, con mucho disimulo.

Karin hizo ver que no se daba cuenta y recibió un delicioso pellizco en su rincón más íntimo.

—¡Ay! —gritó, fingiendo enfurecerse, y trató de abofetear al segundo de a bordo.

Viktor, como ella ya suponía, saltó hacia atrás y esquivó la bofetada, riendo ya con fuerza.

—¡Traidor! —exclamó Karin, y cerró la puerta con brusquedad.

Entonces, también ella rió.

Se despojó de la toalla y se colocó el sucinto pantaloncito, enfundándose seguidamente el traje. Se puso también las botas y el cinto.

Salió del cuarto de baño.

El zorro de Viktor todavía se estaba riendo.

Karin no fue capaz de fingir nuevamente enfado, pese a que lo intentó, y acabó uniendo su risa a la de él.

Se dieron un abrazo, se besaron y abandonaron el camarote, contentos y felices.

Su alegría, sin embargo, no iba a durar demasiado.

Un serio peligro se cernía sobre ellos y sobre el resto de la tripulación de la «Saturno-XII».

CAPITULO III

Viktor Nowak y Karin Wheeler fueron directamente al comedor de la astronave, en busca de su desayuno.

Casi todas las mesas estaban ocupadas por miembros de la tripulación, quienes conversaban animadamente entre sí mientras se alimentaban.

Viktor y Karin se dirigieron hacia una de las pocas mesas libres, repartiendo saludos a su paso.

Ocuparon la mesa.

Un par de minutos después les era servido el desayuno.

Viktor y Karin empezaron a dar buena cuenta de él.

Los dos tenían apetito, después de la doble sesión amorosa: una antes de dormirse, y la otra al despertar.

Pendientes exclusivamente de ellos y de los alimentos que estaban ingiriendo, Viktor Nowak y Karin Wheeler no se dieron cuenta de que Irene Krieg entraba en el comedor.

Irene, una pelirroja de rostro sensual y formas llamativas, que su ajustado traje dibujaba con descaro, descubrió inmediatamente a Viktor y Karin.

Con irónica sonrisa, caminó resueltamente hacia ellos.

Viktor y Karin no repararon en ella hasta que la tuvieron prácticamente encima.

—Buenos días. ¿Me permitís que me siente a desayunar con vosotros? —preguntó la pelirroja, tranquilamente, con cara de no haber roto jamás un plato.

Viktor Nowak ya había fruncido el ceño.

Karin Wheeler miraba con odio a Irene Krieg.

Como ninguno de los dos respondía, la apetecible pelirroja repitió la pregunta, con la misma expresión de candor en su rostro.

—¿Puedo sentarme a desayunar con vosotros?

—Si lo haces, te echo el café a la cara —amenazó Karin.

Irene rió.

—¿Estás enfadada por lo que te dije anoche, Karin?

—¿Tú qué crees?

—¡Sólo fue una broma, mujer!

—Una broma, ¿eh?

—¡Pues claro! Viktor y yo no tenemos relaciones. ¿Cómo iba a venir a mi camarote anoche? Se ha prendado de ti, y para él no existe a bordo más mujer que tú, Karin. Deberías saberlo, mujer.

Karin no replicó esta vez.

Viktor tampoco dijo nada.

Irene puso cara de impacientarse.

—¿Dejáis que me siente o no?

Viktor miró a Karin.

Esta gruñó:

—Hazlo, si tanto lo deseas.

—Gracias, Karin —sonrió la pelirroja, y se sentó.

Le fue servido el desayuno.

Irene comenzó a ingerirlo, dando miraditas a Viktor y a Karin.

De pronto dijo:

—Observo que mi presencia os pone violentos, y no veo por qué. Lo nuestro acabó, Viktor. Tú ya no quieres nada de mí, y yo, en justa contrapartida, tampoco quiero nada de ti. Y si lo quiero, me aguanto.

Viktor y Karin cambiaron una mirada, en silencio.

Irene prosiguió.

—Lo que quiero decir, es que no pienso hacer nada para dificultar vuestras relaciones, Viktor. Tú prefieres ahora a Karin y yo no tengo nada que objetar. Continúa con ella. Karin es encantadora.

Había tal expresión de sinceridad en el rostro de Irene Krieg, que Viktor Nowak y Karin Wheeler casi creyeron que hablaba en serio.

Pero los dos sabían que no era así.

Especialmente, Viktor.

El conocía bien a Irene.

No se resignaría a perderle, haría todo lo posible, lícito o no, por que rompiera sus relaciones con Karin y volviera a ella, a sus mórbidos brazos, a sus abrasadores labios, a su ardiente sexo, capaz de enloquecer al más frío de los hombres.

Siguieron desayunando los tres.

Irene continuó mostrándose extraordinariamente comprensiva y cordial, pero Viktor y Karin no se dejaron engañar por sus falsas palabras.

Viktor y Karin, lógicamente, terminaron de desayunar antes que Irene, así que se pusieron los dos en pie, se despidieron de la pelirroja y abandonaron el comedor.

Eran casi las nueve.

Viktor y Karin no pudieron, pues, hablar de Irene.

El segundo de a bordo tenía que sustituir al comandante Borzov en el puente de mando y la muchacha debía reemplazar a su vez a otra tripulante.

Se dieron un fugaz beso de despedida y se separaron, dirigiéndose cada cual a su puesto de trabajo.

*

Viktor Nowak alcanzó el puente de mando.

Le sorprendió no encontrar en él al comandante Borzov, pero pensó que lo había abandonado por un instante y que volvería en seguida.

Al adentrarse en el puente, el segundo de a bordo de la «Saturno-XII» descubrió el planeta que aparecía en la pantalla telescópica.

La imagen era nítida.

El planeta podía observarse con todo detalle.

Viktor Nowak se acercó a la pantalla.

—¿Cuándo lo descubristeis, Jarek...? —exclamó, entusiasmado.

Jarek, un tipo de color, joven y extraordinariamente corpulento, que se hallaba sentado frente a la pantalla telescópica, sonrió ampliamente, mostrando dos hileras de dientes muy blancos.

—Hace unas cinco horas, Viktor.

—¿Tanto...?

—Sí.

—¿Y por qué no me avisó el comandante...?

—Le supo mal interrumpir tu turno de descanso.

—¿Dónde está?

—¿El comandante?

—Sí.

—No lo sé. Hace un momento estaba aquí.

Viktor Nowak no apartaba los ojos de la pantalla telescópica.

Tampoco el negro Jarek.

Ni Dana, la preciosa muchacha morena que se hallaba sentada a la derecha de Jarek.

Tampoco Silvio, el tripulante que se encontraba a la izquierda del negro, un joven alto y delgado, de rostro travieso.

Ellos tres, junto con el comandante Borzov, habían realizado el turno de noche, y dentro de unos minutos serían relevados de sus respectivas tareas por otros tantos miembros de la tripulación.

—¿No es el planeta más hermoso que has visto jamás, Viktor? —dijo la atractiva Dana.

—Desde luego —respondió Viktor.

—Debe de ser un verdadero paraíso —comentó Silvio.

—¿Qué datos ha facilitado la computadora sobre él, muchachos?

—Sus dimensiones son parecidas a ¡as de la Luna, nuestro satélite, y reúne las condiciones necesarias para que la vida en él sea perfectamente posible —informó Jarek.

—¿Está habitado?

—Parece que no. El comandante envió repetidos mensajes de paz, pero nadie respondió a ellos.

—Eso no quiere decir nada, Jarek. Puede estar habitado por seres primitivos, que no tienen medios para comunicarse con nosotros.

—Sí, es posible —admitió el negro.

—Estamos girando en torno al planeta, ¿no?

—Sí.

Viktor Nowak miró hacia la entrada del puente.

—¿Adonde diablos habrá ido el comandante? —rezongó.

—Puede que en tu busca, Viktor —pensó Dana.

—Sí, seguro —opinó Silvio—. Estaba ansioso por explorar ese maravilloso planeta.

—También yo lo estoy, lo confieso —sonrió Nowak.

—La ansiedad es general —dijo Jarek.

Rieron todos.

Algunos segundos después, aparecían en el puente los tres miembros de la tripulación que debían reemplazar a Jarek, Dana y Silvio en sus funciones.

El relevo se produjo y los tres tripulantes sustituidos abandonaron el puente de mando.

Como iba pasando el tiempo y ˆ1 comandante Borzov no regresaba, Viktor Nowak lo llamó, utilizando el intercomunicador portátil que pendía de su cinto, un pequeño ingenio electrónico dotado de una minúscula pantalla.

El segundo de a bordo repitió la llamada varias veces, pero el comandante Borzov no respondió.

Viktor Nowak empezó a preocuparse.

Ya había encontrado extraño que el comandante Borzov, si realmente había abandonado el puente para ir en su busca e informarle del descubrimiento de un planeta, no utilizara su intercomunicador particular para indicarle que acudiera al puente.

Hubiera sido más lógico.

Y más rápido.

¿Dónde estaba el comandante Borzov?

¿Por qué no respondía a sus llamadas?

Viktor Nowak, cada vez más preocupado, abandonó el puente.

Buscó a Yanis Borzov en su despacho.

En su camarote.

En el comedor.

En el hangar de la astronave.

Por todas partes.

Fue inútil.

Nadie había visto al comandante Borzov.

Resultaba difícil de admitir, pero Yanis Borzov había desaparecido sin dejar rastro.

CAPITULO IV

Viktor Nowak movilizó a la tripulación entera en la búsqueda del comandante Borzov.

Tenía que estar en algún sitio.

No podía haber abandonado la astronave.

¿En qué, además?

Las seis pequeñas naves de reconocimiento seguían en el hangar de la «Saturno-XII», lo cual descartaba la posibilidad de que el comandante Borzov hubiese tomado una de ellas para dirigirse al planeta que ansiaba explorar.

Por otra parte, no hubiese sido lógico que el comandante Borzov intentara realizar solo dicha exploración, porque ello entrañaba un riesgo totalmente innecesario.

La búsqueda, pues, continuó.

La «Saturno-XII» fue registrada de proa a popa y de babor a estribor.

Cuando ya no quedó dependencia o camarote alguno que revisar, Viktor Nowak tuvo que rendirse a la evidencia de que Yanis Borzov no se hallaba en la astronave.

Y si no se hallaba en la «Saturno-XII», forzosamente tenía que hallarse en el planeta recién descubierto.

Cómo había podido llegar hasta allí era, desde luego, un misterio. Pero no cabía otra explicación.

El comandante Borzov no podía haberse desintegrado.

Las personas no se convierten en humo.

No se esfuman como espíritus.

Yanis Borzov estaba en aquel hermoso planeta.

Y no por su gusto, de eso también estaba seguro Viktor Nowak.

Había sido llevado allí por la fuerza.

Sin consultarle previamente.

Lo habían arrebatado literalmente de la «Saturno-XII».

¿Por quién?

¿Para qué?

¿Qué querían de él?

Viktor Nowak no tenía respuesta para ninguna de estas preguntas, pero sabía dónde encontrarlas: en el hermoso planeta.

Sin dudarlo un solo segundo más, ordenó abandonar la órbita artificial y dirigirse al pequeño planeta.

Tenían que encontrar al comandante Borzov.

Y cuanto antes.

*

La «Saturno-XII» sobrevolaba ya la superficie del misterioso planeta.

Montañas...

Bosques...

Mares...

Ríos...

Algunas zonas desérticas...

Había de todo menos ciudades.

Y si las había, eran tan pequeñas y se hallaban tan bien protegidas que resultaba imposible descubrirlas desde el cielo.

Viktor Nowak ordenó posar la astronave en una vasta planicie, rodeada de altas montañas por una parte y de frondosos bosques por otra.

Era un magnífico lugar para aterrizar.

La «Saturno-XH» se posó majestuosamente en el centro de la planicie y sus reactores atómicos dejaron de funcionar.

Viktor Nowak organizó rápidamente la búsqueda del comandante Borzov.

Minutos después, la puerta del hangar se abría y tres de las pequeñas naves de reconocimiento, denominadas «Cóndor», abandonaban la gigantesca astronave, en correcta formación.

Viktor Nowak pilotaba la «Cóndor-1» y le acompañaban Karin Wheeler y otros dos miembros de la tripulación, varones ambos.

La «Cóndor-2» era pilotada por el corpulento Jarek, y en ella iban también la pelirroja Irene y otros dos hombres.

En la «Cóndor-3», guiada por Silvio, viajaban la morena Dana y otro par de tripulantes.

En total, nueve hombres y tres mujeres, todos con el firme propósito de hallar y rescatar al comandante Borzov, aun con riesgo de sus vidas.

*

Las tres pequeñas naves llevaban ya casi una hora sobrevolando, a poca altura y mínima velocidad, la superficie del planeta.

En ese tiempo, habían descubierto numerosos signos de vida animal, pero ni uno solo de vida humana inteligente.

Pese a ello, Viktor Nowak seguía convencido de que en aquel pequeño mundo existían seres humanos, más o menos parecidos a ellos, los terrestres, pero existían.

Ellos habían arrancado a Yanis Borzov de la «S-turno-XII».

¿Cómo?

Para Viktor Nowak seguía siendo un misterio.

De pronto, el segundo de a bordo de la «Saturno-XII» recibió una llamada del fornido Jarek.

—¡Viktor!

Nowak respingó.

—¿Has visto algo, Jarek? —preguntó nerviosamente, observando la imagen del negro en la pantalla de televisión de la «Cóndor-1».

—¡Juraría que sí!

—¿Qué has visto?

—¡Había alguien oculto entre unos árboles!

—¿Un hombre…?

—¡Me pareció una mujer, pero fue una visión tan fugaz, que no puedo asegurarlo!

—Sitúa la «Cóndor-2» sobre esos árboles, Jarek. Silvio y yo guiaremos las nuestras hacia la tuya.

—De acuerdo, Viktor.

Jarek realizó la oportuna maniobra y la «Cóndor-2» abandonó la formación.

Viktor indicó a Silvio que siguiera a la «Cóndor-2», cuando ya él maniobraba también la «Cóndor-1».

La «Cóndor-3» fue detrás de las otras dos naves.

Segundos después, las tres quedaban suspendidas en el aire, sobre los árboles entre los cuales el negro Jarek aseguraba haber visto a alguien.

Doce pares de ojos escrutaron el lugar, pero nadie vio nada.

Súbitamente, una muchacha de pelo rubio, muy largo, surgió de entre un espeso matorral y echó a correr con asombrosa ligereza por el bosque.

Se cubría con una brevísima túnica blanca, por lo que todos pudieron admirar sus largas y hermosas piernas.

-—¡Allí está, Viktor! —exclamó el negro.

—¡Sí, ya la veo, Jarek! ¡Sigámosla! —indicó Nowak.

Las tres naves se pusieron de nuevo en movimiento.

La muchacha de cabellos rubios seguía corriendo veloz como una gacela por entre los árboles.

De pronto, se ocultó en lo que parecía una cueva.

La madriguera de algún animal.

La guarida de una fiera.

La «Cóndor-1», la «Cóndor-2» y la «Cóndor-3» se detuvieron en el aire, cerca de la cueva en la que se había escondido la chica de la túnica blanca.

Viktor Nowak esperó unos minutos.

Como la muchacha no salía de la cueva, dio orden de posar las naves en el suelo, lo cual, aun tratándose de un bosque, no resultó

difícil, gracias a las reducidas dimensiones de las mismas.

Segundos después, los doce miembros de la tripulación saltaban al suelo, armados todos con pistolas o fusiles de rayos láser.

Se acercaron a la cueva.

Viktor Nowak se asomó con cierta cautela y observó el interior.

El suelo ofrecía una pendiente muy pronunciada y se ensanchaba a medida que la cueva se hacía más profunda.

Del fondo de la misma brotaba una extraña luz, suave y exótica.

La muchacha rubia no se veía por ninguna parte.

Evidentemente, se había ocultado en lo más profundo de la cueva, tal vez pensando que los tripulantes de las tres pequeñas naves terrestres que la habían perseguido por el bosque no se atreverían a llegar hasta allí.

Si la chica creía eso, estaba muy equivocada.

Viktor Nowak quería dar con ella.

Tenía que dar con ella.

Hablarle.

Y que la muchacha le hablara a su vez.

Eso podía aclarar muchas cosas.

Y ayudar a encontrar al comandante Borzov.

Viktor Nowak indicó a Jarek, Karin, Dana, Silvio e

Irene que entraran con él en la cueva, ordenando a los otros seis hombres que aguardaran fuera, vigilando las naves.

No se debió a una casualidad el que el segundo de a bordo de la «Saturno-XII» llevara consigo a las tres mujeres del grupo, sino que lo hizo deliberadamente.

La muchacha de la corta túnica blanca debía hallarse, lógicamente, muy asustada. Cuando diesen con ella, Karin, Irene y Dana, por su condición de mujeres, podían ayudar a que la chica se tranquilizase un tanto y resultase menos difícil interrogarla.

Viktor, Karin, Jarek, Irene, Dana y Silvio penetraron en la cueva por este orden y empezaron a descender por ella, hacia lo más profundo.

Allí iban a encontrarse con algo realmente sorprendente.

Y con algo tremendamente peligroso, también.

CAPITULO V

La cueva, a medida que profundizaban en ella, se agrandaba más y más.

Era enorme.

Inmensa.

Una colosal caverna, cuyas paredes despedían la suave y exótica luz que podía distinguirse casi desde su misma y angosta entrada.

El techo estaba cubierto de estalactitas.

También abundaban las estalagmitas en el suelo.

La caverna, desde luego, era realmente hermosa.

Por fin, tras largos minutos de descenso, llegaron al fondo de ella.

Viktor, Karin, Jarek, Irene, Dana y Silvio se quedaron parados, sin poder creer lo que sus asombrados ojos estaban viendo.

Allí, en lo más profundo de la gigantesca caverna, sobre una especie de pedestales de mármol, había una serie de maravillosas estatuas, todas ellas de mujer.

Mujeres hermosas y esbeltas, cubiertas con túnicas blancas y cortas, como la de la muchacha de largos cabellos rubios que los había obligado a bajar hasta allí.

La perfección de las estatuas era tal, que parecía que tenían vida propia.

¡Se diría que estaban a punto de moverse!

No ocurrió tal cosa, claro.

Por muy perfectas que fueran, eran sólo eso, estatuas.

Y las estatuas no se mueven.

Son bloques de material.

Figuras muertas...

Los seis terrestres se aproximaron a las fantásticas estatuas, para contemplarlas de cerca con todo detalle.

Había unas dieciocho.

Viktor, Karin, Jarek, Irene, Dana y Silvio, boquiabiertos, las observaron todas.

Absortos en la contemplación de las increíbles estatuas, ninguno de ellos se dio cuenta de que una gigantesca oruga, de piel verdosa y ojos amarillentos, muy brillantes, se deslizaba por detrás de unas altas rocas, sigilosa como una serpiente.

La horrible bestia disponía de cuatro patas muy cortas y una larga cola. Sobre el duro lomo, desde el cuello hasta el nacimiento de la cola, tenía una serie de gruesas y afiladas púas, que semejaban enormes dientes de sierra.

La boca era espantosa de verdad.

De un solo bocado, sin necesidad de esforzarse, podría engullir a un hombre. Desde el pelo hasta las botas.

Los dientes eran realmente terroríficos.

Ya los mostraba todos.

Como preparándose para utilizarlos.

Y es que se encontraba ya muy cerca del grupo de terrestres, quienes seguían sin sospechar lo próxima que tenían la muerte, a menos que alguno de ellos volviese la cabeza y descubriese al monstruoso ser.

Afortunadamente para Viktor Nowak y sus compañeros, la muchacha de cabellos rubios que ellos buscaban sí descubrió a la aterradora oruga.

La joven se hallaba perfectamente oculta entre unas rocas, observando desde allí al grupo de terrestres, quieta y silenciosa.

Consciente de que la horripilante bestia se los zamparía si ella no ¡es advertía de alguna manera del peligro que corrían, la muchacha chilló con todas sus fuerzas.

Viktor, Karin, Jarek, Irene, Silvio y Dana respingaron a un tiempo, sobresaltados por el largo y agudo grito femenino.

La oruga, enfurecida por el chillido que alertaba a sus víctimas, lanzó un bramido estremecedor, al tiempo que levantaba su enorme cabeza.

Las paredes de la caverna temblaron.

Karin, Irene y Dana también, pero de pánico.

Chillaron las tres histéricamente, a la vez que retrocedían a toda prisa.

Viktor, Jarek y Silvio también retrocedieron, pero haciendo funcionar sus armas ya.

La poderosa bestia rugió espantosamente al sentir la dolorosa mordedura de los rayos láser y empezó a dar saltos, como si se hubiese vuelto loca.

Y loca estaba, pero de dolor.

—¡A la cabeza! ¡Disparadle a la cabeza! -—gritó Viktor Nowak.

Jarek y Silvio lo hicieron así.

También Karin, Irene y Dana, quienes, tras los primeros segundos de histeria, provocada por el terror, habían empezado a disparar contra la alucinante criatura.

La cabezota de la oruga gigante quedó totalmente abrasada por el aluvión de rayos láser y ello produjo la muerte de la feroz bestia.

Se derrumbó y quedó patas arriba.

Completamente rígida.

Entonces ocurrió algo increíble.

La enorme oruga comenzó a encogerse.

Su tamaño menguó tan rápidamente, que antes de un minuto

quedó convertida en una pequeña e inofensiva lagartija.

Muerta, por supuesto, porque no recobró la vida.

Viktor Nowak y sus compañeros se habían quedado paralizados por la sorpresa.

Sin embargo, su sorpresa fue aún mucho mayor al ver que las estatuas empezaban a moverse sobre sus respectivos pedestales.

¡Sí!

¡Las estatuas estaban cobrando vida!

¡Se estaban convirtiendo en mujeres de carne y hueso!

El estupor de Viktor, Karin, Jarek, Irene, Silvio y Dana ya no tenía límites.

Con ojos como platos, contemplaron la insólita transformación.

Lo más curioso del caso era que las estatuas convertidas en mujeres de verdad parecían tan sorprendidas como ellos mismos.

Se miraban unas a otras y miraban también al grupo de terrestres, sin decidirse a bajar de sus pedestales.

La muchacha de cabellos rubios que gritara para advertir a Viktor Nowak y sus compañeros del peligro que corrían, dio un salto de alegría al ver que las estatuas cobraban vida y salió de entre las rocas que le sirvieran de escondite.

Corrió hacia los pedestales de mármol, exclamando frases en una lengua totalmente desconocida por los terrestres.

Estos se fijaron en ella.

También las estatuas transformadas en mujeres de carne y hueso.

Algunas de éstas respondieron a las palabras de la muchacha rubia, tan alegres como ella.

Empezaron a abandonar los pedestales.

Se abrazaron entre sí.

Se besaron.

Se estrujaron literalmente, jubilosas.

Viktor, Karin, Jarek, Irene, Silvio y Dana las veían saltar y gritar de entusiasmo, y empezaron a sonreír, contagiados de la alegría del numeroso grupo de mujeres.

De pronto, la bella muchacha de cabellos rubios se soltó de las otras mujeres y corrió hacia los terrestres.

Hacia Viktor Nowak, más concretamente.

Un instante después, lo abrazaba efusivamente y le llenaba la cara de besos.

Karin Wheeler abrió la boca, perpleja.

Irene Krieg sonrió y murmuró:

—Qué te parece, la niña...

—Siempre he dicho que Viktor tiene mucho gancho con las mujeres... —suspiró Silvio, sintiendo un poco de envidia.

—Mucha suerte, eso es lo que tiene —sonrió el fornido Jarek.

Ellos dos también la tuvieron.

Sí, porque las otras mujeres, al ver que la muchacha de cabellos rubios abrazaba y besaba a uno de los terrestres, no tardaron en imitarla.

Jarek y Silvio se vieron estrujados y comidos a besos, lo cual les complació enormemente.

Karin e Irene también recibieron idénticas muestras de afecto, pero a ellas, lógicamente, les complació menos.

Y lo mismo le ocurrió a la morena Dana,

Como las tres eran mujeres...

CAPITULO VI

El comandante Borzov no lograba explicarse lo que le había sucedido.

Se encontraba en el puente de mando de la «Saturno-XII», esperando que llegara Viktor Nowak, para informarle del descubrimiento de un pequeño y hermoso planeta, cuando, repentinamente, se encontró en otro lugar.

Un lugar extraño.

Exótico.

Misterioso...

Yanis Borzov podía observarlo todo a través del sólido cristal transparente con el que había sido' construida aquella especie de campana bajo la cual se hallaba encerrado.

Había intentado salir de ella, naturalmente, pero sin ningún resultado.

Era imposible levantarla.

Y menos aún romperla.

Era una celda perfecta.

Y peligrosa...

Sí, porque en ella no entraba el aire, y si no lo sacaban pronto de allí, moriría por asfixia.

El comandante Borzov, no obstante, estaba bastante tranquilo por esa parte, pues se decía que, para hacerlo morir de asfixia, no se hubiesen tomado la molestia de arrancarlo de la «Saturno-XII» y trasladarlo a aquella hermética y sólida campana.

Quien quiera que fuese la persona que había hecho tal cosa, lo quería vivo.

Yanis Borzov estaba seguro de que no tardarían en sacarlo de su encierro.

Y no se equivocó.

A los pocos minutos de verse en el interior de la transparente campana, alguien surgió por detrás de una cortina roja y brillante.

Había varias y de distintos colores.

Las paredes de aquella lujosa y exótica habitación se hallaban totalmente cubiertas por ellas.

La campana de cristal se encontraba en el mismo centro de la estancia, cuyo suelo aparecía como enmoquetado y repleto de mullidos almohadones de vivos colores.

El comandante Borzov clavó sus ojos en la persona que acababa de surgir por detrás de la cortina roja.

Se trataba de una mujer.

Y vaya mujer…
Joven.
Alta.
Bella.
Esbelta…
Tenía el cabello rubio platino y se cubría con una tenue túnica color ámbar, que permitía vislumbrar sus provocativos pechos, la apenas perceptible curva de su vientre, sus magníficas caderas y sus maravillosas piernas, así como el exiguo pantaloncito dorado y brillante, que se limitaba a cubrir su triángulo íntimo.
Yanis Borzov no supo disimular que había quedado cautivado por la singular hermosura de la misteriosa mujer.
Ella se dio cuenta y sonrió, complacida.
Después, alzó su mano derecha y apuntó a la campana de cristal con su precioso dedito índice.
Del extremo del mismo brotó un rayo de luz anaranjada, que fue a estrellarse contra el sólido cristal.
El comandante Borzov se asustó y su mano aferró la pistola de rayos láser que pendía de su cinto, y que no había intentado utilizar para salir de la campana porque no deseaba mostrarse agresivo hasta conocer las verdaderas intenciones de los seres que habitaban aquel hermoso planeta.
No llegó a extraerla de su funda, ya que el rayo de luz anaranjada que brotara del extremo del dedo índice de la fascinante mujer de cabello rubio platino no tenía más misión que hacer que la campana de cristal se fuese para arriba.
La campana se elevó misteriosamente, cosa de un metro, y Yanis Borzov pudo salir de ella, la mano diestra aferrando todavía la pistola de rayos láser.
El comandante Borzov ya no estaba asustado, aunque sí impresionado por el extraordinario poder de la mujer que tenía ante sí.
Eso de que pudiese enviar rayos anaranjados con su dedo índice, como si se tratase de un arma…
Borzov observó la campana de cristal.
Había quedado misteriosamente suspendida en el aire.
Nada la sostenía.
Otra prueba más, sin duda, de los increíbles poderes de aquella maravillosa mujer de cabello rubio platino.
Yanis Borzov la miró y preguntó:
—¿Quién eres?
—Mi nombre es Yeda —respondió, con dulce voz, aquella especie de diosa de los espacios siderales.
—Hablas mi lengua…

—La aprendí mientras tu astronave daba vueltas alrededor de Zeltio.

—¿Se llama así este planeta?

—Sí.

—¿Por qué me has traído aquí, Yeda?

—Quería hablar contigo.

—¿Y no pudiste esperar a que aterrizásemos en vuestro planeta?

—No, no pude —sonrió la mujer.

—¿Por qué no respondiste a mis mensajes de paz?

—No me convenía.

—¿Que no te convenía...? —se puso en guardia Borzov.

—No.

—¿Por qué?

—Zeltio es un planeta encantado, comandante.

—¿Encantado...?

—Sí, las cosas más extrañas pueden suceder en él. Un hombre se convierte de pronto en un perro... una mujer en una gata...

—¿En serio?

—Sí, créeme.

—¿Y quién tiene la culpa de tales encantamientos?

—Yo, naturalmente —confesó Yeda, riendo cantarinamente.

—Lo suponía —rezongó Borzov.

—No me mires así, terrestre. No soy una mujer mala.

—¿No...?

—Si no me obligan, no. Sólo hago uso de mis poderes cuando no tengo más remedio. Yo mando en Zeltio, y me gusta ser obedecida. Quien no cumple mis órdenes, es castigado.

—Entiendo.

—Sentémonos, comandante.

—Estoy muy bien de pie, gracias.

La hermosa Yeda, que ya se había recostado sensualmente sobre unos almohadones, sonrió y dijo: —No seas grosero, terrestre.

—Lamento parecértelo, Yeda, pero quiero volver a mi astronave. La tripulación me echará de menos y...

—Eso es lo que pretendo, comandante.

—¿Ah, sí?

—Claro. Cuando Viktor Nowak, tu segundo, compruebe que no te encuentras en la astronave, sospechará que te hallas en Zeltio y vendrá en tu busca.

—¿Y entonces...?

Yeda rió.

—Será muy divertido, comandante.

—Para ti es posible que sí, pero no para los miembros de mi tripulación.

—¡Te equivocas! Para ellos también lo será. Irán de sorpresa en sorpresa, y eso les encantará. Que les gustará, quiero decir, no que serán víctimas de un encantamiento. Mientras no se hagan acreedores a ello, claro está...

—¿Qué quieres decir con eso último?

—Pues que si ellos no me crean problemas, yo tampoco se los crearé a ellos.

—Ya se los has creado, Yeda. Y a mí también.

—¿A ti...?

—Yo debería estar en mi astronave, no aquí, charlando contigo.

Yeda sonrió provocativamente.

—¿Te disgusta mi compañía, terrestre?

—Sí, porque es obligada.

—¿Y qué más da? Tú eres un hombre fuerte, apuesto, y yo una mujer joven y hermosa. Podemos pasarlo maravillosamente, comandante.

—Empiezo a entender, Yeda.

—¿De veras?

—Te has encaprichado de mí y me has traído para que te haga el amor, ¿no es así?

—Sí, así es, terrestre. Eres un bello ejemplar de hombre y deseo gozar contigo. Tú también gozarás, te lo aseguro.

—No vamos a gozar ninguno de los dos, Yeda, porque no vamos a hacer el amor.

Los ojos de la mujer destellaron peligrosamente.

—¿Me rechazas, comandante...?

—Sí.

—Si supieras lo que puede ocurrirte por despreciarme, no lo harías.

—Ya sé que tienes mucho poder, Yeda. Hace un momento realizaste una buena demostración.

—Eso no fue nada, comparado con lo que...

—Lo sé, no es necesario que me lo digas. Por eso te ruego que me devuelvas a mi astronave y nos permitas reanudar nuestro viaje de exploración espacial.

—¡Ni hablar!

—Yeda...

—¡He dicho que no, terrestre! ¡Tú y los tuyos os quedaréis para siempre en Zeltio, y de lo cariñoso y complaciente que te muestres tú conmigo, dependerá el que los miembros de tu tripulación lo pasen mejor o peor! ¿Lo has entendido, Borzov...?

—Sí, has hablado muy claro.

—¡Pues ya puedes empezar! —indicó Yeda, manipulando el cierre de la casi transparente túnica.

La suave prenda resbaló, dejando al descubierto los tersos y pujantes senos de la mujer, de erectos y rosados pezones.

Los ojos de Yanis Borzov se posaron un instante en el desnudo y excitante busto de Yeda, pero no se movió.

Ella alzó los brazos, para recibirle en ellos, y volvió a sonreírle turbadoramente.

—Ven, terrestre —pidió, con cálida voz.

El comandante Borzov, en vez de echarse en los aterciopelados brazos de Yeda, extrajo velozmente su pistola de rayos láser y le apuntó al pecho.

—No quisiera tener que utilizar mi arma, Yeda. Por favor, no me obligues. Si veo que intentas algo contra mí, dispararé, te lo advierto.

Yeda se echó a reír.

—¿Crees que yo te dejaría, tonto?

—No puedes impedirme que apriete el gatillo, sólo necesito una fracción de segundo para eso.

—Menos necesito yo para convertir tu pistola en un objeto inofensivo. Me basta con mirarla y… ¡zas!, ya está.

Yanis Borzov se quedó estupefacto.

¡En la mano ya no tenía una pistola de rayos láser!

¡Tenía un sonajero!

¡Con cascabeles y todo!

El gesto de perplejidad del comandante terrestre hizo que la perversa Yeda se tronchara de risa.

—¿Qué me dices ahora, Yanis Borzov…? —preguntó burlonamente.

El comandante de la «Saturno-XII», llevado de su furia, se arrojó sobre la malévola mujer y aprisionó su cuello con fuerza, barbotando:
—¡Maldita zorra!

—¡Suéltame, terrestre!

—¡No!

—¡Me haces daño!

—¡Te lo mereces!

Yeda no esperó más e hizo nuevamente uso de su poder.

El comandante Borzov lanzó un alarido y todo su cuerpo tembló como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica.

Pocos segundos después, perdía el conocimiento y se desplomaba sobre el cuerpo semidesnudo de la poderosa Yeda.

CAPITULO VII

Cuando Yanis Borzov se despertó, se encontró tendido de bruces en el suelo de aquella exótica habitación, atado de pies y manos, éstas a la espalda.

Espalda que alguien le acariciaba suavemente y besaba una y otra vez, al igual que sus hombros.

El comandante Borzov se dio cuenta entonces de que se hallaba desnudo.

Completamente desnudo.

Descubrió su traje cerca de él, tirado en el suelo, así como sus botas, su cinto y su slip.

No hizo falta que Yanis Borzov se preguntara quién le había dejado en cueros y luego lo había maniatado.

Yeda.

La ardiente y perversa Yeda.

Era ella quien le acariciaba y besaba los hombros y la espalda.

Borzov levantó la cabeza y la miró.

Yeda le sonrió.

Se hallaba tan desnuda como él.

Su túnica y su diminuto pantaloncito dorado yacían también en el suelo.

—Hola, comandante.

Yanis Borzov, en vez de responder, tensó los vigorosos músculos de su cuerpo, para ver si conseguía romper las ligaduras que sujetaban sus manos.

No pudo.

Eran extraordinariamente resistentes.

Se clavaron en su carne y tuvo que reprimir un gemido de dolor.

—No te esfuerces, terrestre —aconsejó Yeda—. Las. ligaduras son más fuertes que tú.

Borzov hubo de admitir que eso era cierto y desistió, rezongando:

—Maldita...

—Fue un error atacarme, comandante. ¿Sabes que pude haberte matado?

—No, tú nunca harás eso. Me necesitas vivo, Yeda.

—Tienes razón. Muerto no me servirías de nada.

—Ni vivo tampoco, mientras yo sea dueño de mi voluntad.

—¿Estás seguro, terrestre?

—Absolutamente. No importa que me ofrezcas lúbricamente tu hermoso cuerpo desnudo. Te rechazaré una y mil veces.

Los ojos de Yeda brillaron.

—Cambiarás de idea, comandante.

—No lo esperes.

Yeda se incorporó y se acercó a una de las cortinas que cubrían las paredes de la habitación.

Lo hizo con deliberada lentitud.

Moviendo sensualmente las caderas.

Yanis Borzov no pudo resistir la tentación de posar su mirada en ellas y en el mareante trasero, amplio, erguido, provocador.

Yeda, después de echarle una mirada por encima del hombro, retiró la cortina y dejó al descubierto una especie de pantalla de televisión, circular, de casi un metro de diámetro.

Borzov clavó sus ojos en ella.

Yeda apuntó la pantalla con su dedo índice y envió un rayo anaranjado.

Al instante, la pantalla se iluminó y Yanis Borzov vio aparecer en ella tres de las pequeñas naves de reconocimiento de la «Saturno-XII», sobrevolando la superficie de Zeltio.

Eran las «Cóndor-1», «Cóndor-2» y «Cóndor-3».

Borzov, siempre tendido de bruces, siguió los movimientos del trío de naves terrestres, con un brillo de emoción en la mirada.

Yeda regresó junto a él, y se tendió a su lado, boca abajo, informando:

—La «Saturno-XII» hace rato que aterrizó en Zeltio, comandante. Viktor Nowak, acompañado de ocho hombres y tres mujeres, salió en tu busca con esas tres naves.

—Me encontrarán.

Yeda rió.

—Eso es imposible, terrestre. En Zeltio vivimos bajo tierra, todas nuestras moradas son subterráneas.

—No importa. Conozco bien a Viktor Nowak, y sé que no parará hasta encontrarme.

—Aunque así fuera, de poco serviría. Mi poder es infinito, comandante.

Yanis Borzov no replicó.

Sabía que eso era cierto.

¿Qué podría hacer Viktor, si llegara a encontrarse frente a frente con la diabólica Yeda?

¿Cómo luchar contra una mujer que era capaz de convertir una pistola de rayos láser en un sonajero, con sólo mirarla?

Hondamente preocupado, el comandante Borzov siguió observando las tres naves.

Yeda había reanudado las caricias y los besitos, cada vez más pegada al terrestre, transmitiéndole el calor de su carne prieta y joven.

Borzov se alegró de hallarse tumbado boca abajo, porque así la sensual Yeda no podía ver que él reaccionaba al contacto de sus labios, de sus manos, de su-cuerpo desnudo, y continuó fingiendo que permanecía totalmente insensible a sus caricias, a sus besos y a su proximidad.

Poco después, las tres naves terrestres descubrían a la bella muchacha de cabellos dorados y Ia seguían por el bosque, hasta que ella se refugió en la cueva.

Borzov vio cómo la «Cóndor-1», la «Cóndor-2» y la «Cóndor-3» se posaban en el suelo, cerca de la cueva.

Yeda sonrió y dijo:

—Si entran en la cueva, se van a divertir.

--¿Les aguarda algún peligro, Yeda? —preguntó Borzov, sintiendo que su preocupación aumentaba.

—Sí, uno muy serio.

—Adviérteles que no entren.

—¿Cómo?

—Sé que tú puedes hacerlo, Yeda.

—Tienes razón, puedo. Pero no quiero.

—Te lo pido por favor, Yeda.

—No es así como tienes que pedírmelo, terrestre.

—¿Cómo quieres que te lo pida?

—Besando mis labios, mi cuello, mis pechos... —indicó ella, restregándose contra él como una gata en celo.

Yanis Borzov estuvo a punto de ceder, pero finalmente venció a la tentación y se mantuvo firme.

—No, Yeda. Por la fuerza, no obtendrás eso de mí.

—Ya veremos —sonrió irónica ella.

Borzov vio entrar en la cueva a Viktor, Karin, Jarek, Irene, Dana y Silvio, mientras que los otros seis hombres quedaban fuera, al cuidado de las naves.

Siempre a través de la circular pantalla, Yanis Borzov vio descender a los seis miembros de su tripulación al interior de la cueva.

Minutos después, veía las maravillosas estatuas colocadas sobre pedestales de mármol, en lo más profundo de la cueva.

—¿Qué es eso, Yeda...?

—Mujeres encantadas.

—¿Mujeres encantadas...?

—Sí. Todas ellas cometieron alguna falta grave, y yo las convertí en estatuas. Un guardián muy especial cuida de que nadie se acerque a ellas. Para que todas esas mujeres salgan de su encantamiento y vuelvan a la normalidad es preciso que su guardián muera. Tal vez los miembros de tu tripulación logren darle muerte y deshacer el

encantamiento. Yo, sinceramente, me alegraría.

De pronto, el comandante Borzov dio un grito.

Acababa de descubrir a la oruga gigante, deslizándose por detrás de las rocas en dirección a Viktor Nowak y los otros.

—¡Yeda!

—¿Sí, comandante...?

—¡Detén a esa espantosa bestia!

—Lo siento, no puedo hacerlo. Es el guardián de las mujeres encantadas.

—Mi gente no ha descubierto a ese monstruoso ser.

—Parece que no.

—¡Alértales, Yeda!

-No.

—¡Te lo suplico!

—No.

—¡Yeda...!

-No.

Yanis Borzov apretó los dientes con rabia.

Sabía lo que Yeda quería.

Lo había dicho antes.

El no quería complacerla, pero no tendría más remedio que hacerlo.

¡La gigantesca oruga estaba ya muy cerca!

¡Los devoraría a los seis!

Borzov ya no lo dudó más. Se dispuso a besar los labios de Yeda, sus senos, su cuello...

En ese preciso instante, sin embargo, Viktor Nowak y los otros descubrieron a la escalofriante oruga, gracias al chillido de la muchacha de cabellos rubios. , Yeda maldijo a la chica, pues, por su culpa, el comandante Borzov interrumpió su acción y no llegó a besarla.

Ya no tenía necesidad de hacerlo.

Su gente había sido alertada y ya hacía frente a la oruga gigante.

Yanis Borzov se agitó nerviosamente en el suelo.

—¡Bravo, muchachos! ¡Acabad con ese animalote! —gritó.

Viktor y sus compañeros dieron muerte a la monstruosa oruga, con el consiguiente júbilo del comandante Borzov, que no había dejado de animarles ni un instante, aunque sabía que no podían oírle.

La oruga, víctima también de un encantamiento por parte de Yeda, recobró con su muerte el tamaño natural, y las estatuas empezaron a cobrar vida.

Mientras tanto, la perversa Yeda, furiosa porque no podía servirse de la oruga para doblegar la voluntad del comandante Borzov, preparaba nuevos peligros para Viktor Nowak y sus compañeros.

CAPITULO VIII

Sin sospechar que estaban siendo observados por Yeda y por el comandante Borzov, Viktor Nowak, Karin Wheeler, Irene Krieg, Jarek, Silvio y Dana, seguían recibiendo una auténtica lluvia de besos y abrazos por parte de la muchacha de cabellos rubios y de las otras dieciocho mujeres, quienes expresaban así su agradecimiento al grupo de terrestres por haber dado muerte a la gigantesca oruga y romper el encantamiento a que las tenía sometidas la malvada Yeda.

Las jubilosas mujeres lanzaban exclamaciones en su lengua que Viktor y los suyos, lógicamente, no podían entender.

Pero, como sí entendían el lenguaje del beso y del abrazo, Viktor, Jarek y Silvio los devolvían todos, entre risas.

Karin, Irene y Dana se limitaban a recibirlos, cada vez con más desgana.

La primera miró a Viktor Nowak y rezongó:

—¿Cuándo vas a decirles que paren, Viktor?

—Bueno, yo... —carraspeó el segundo de a bordo de la «Saturno-XII».

—¡No les digas nada, Viktor! —pidió Silvio.

—¡Sí, que sigan besándonos y abrazándonos hasta que se cansen! —añadió el negro Jarek.

—Os estáis poniendo las botas, ¿eh, muchachos? —masculló Irene.

—Y que lo digas —rezongó la morena Dana.

Viktor Nowak decidió poner fin a los besos y los abrazos, para tratar de averiguar algo sobre el comandante Borzov.

—Basta, preciosas, basta —dijo, empezando a frenar a las mujeres que más cerca tenia.

Ellas no entendieron lo que les decía, pero sí sus gestos, y dejaron de mostrarse cariñosas.

Un par de minutos después, las diecinueve mujeres se encontraban agrupadas frente a Viktor y sus compañeros, sonrientes, pero quietas, como aguardando instrucciones.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» se encaró con la muchacha de cabellos rubios.

—A ver si es posible que tú y yo nos entendamos, guapa. Sé que no será fácil, porque hablamos lenguas distintas, pero tenemos que entendernos como sea. ¿Qué tal se te da la mímica, rubia? ¿Eres capaz de expresarte con gestos? —hizo unos cuantos, para que la chica le entendiera.

Ella hizo otros, demostrando que sí, que le entendía.

Viktor, siempre por medio de expresivos gestos, preguntó a la

muchacha cómo era posible que una oruga gigantesca se convirtiera poco después de su muerte en un bichito tan pequeño como una lagartija.

También le preguntó por qué las estatuas habían cobrado vida, convirtiéndose en mujeres de carne y hueso.

La muchacha rubia, muy inteligente, explicó a los terrestres que tanto la oruga como las dieciocho mujeres habían sido víctimas de un encantamiento, llevado a cabo por Ía mujer que mandaba en su planeta, cuyo nombre repitió varias veces.

—De modo que esa bruja se llama Yeda, ¿eh? —rezongó Viktor.

Al oír pronunciar el nombre de la mujer que daba las órdenes en Zeltio, la chica comprendió que el terrestre la había entendido y dio un par de cabezadas de asentimiento.

—Ella debió arrancar al comandante Borzov de la «Saturno-XII», con su diabólico poder —adivinó Viktor.

—Seguro —opinó Karin Wheeler.

—Pídele a la chica que nos guíe hasta la tal Yeda, Viktor —sugirió el corpulento Jarek.

—Sí, que nos lleve hasta ella —estuvo de acuerdo Silvio.

Irene y Dana opinaron igual.

Viktor, que ya había pensado hacerlo, se lo pidió con gestos a la muchacha de cabellos rubios, repitiendo continuamente el nombre de Yeda.

La chica asintió con la cabeza, cambió algunas palabras con sus compañeras en su lengua, y luego echó a andar, indicando a los terrestres que la siguieran.

Viktor y los demás fueron tras ella.

También las mujeres liberadas de su encantamiento siguieron a su compañera.

Todos, en grupo, se dirigieron hacia la salida de la caverna, sin sospechar que no iban a poder cruzarla...

*

Los seis hombres que quedaran fuera de la caverna, al cuidado de las tres naves, aguardaban el regreso de Viktor Nowak y los otros, con la muchacha de cabellos rubios que se escondiera en ella.

De pronto, uno de ellos dio un fuerte respingo y-gritó:

—¡Cuidado, muchachos!

Los otros cinco se volvieron hacia donde miraba su compañero.

También ellos respingaron al ver surgir, por entre los árboles, una auténtica horda de escarabajos gigantes.

¡Más de dos metros de largo!

¡Casi uno de alto!

¡Realmente monstruosos!
Los seis hombres, repuestos de su sorpresa, se apresuraron a disparar sobre los gigantescos escarabajos.
No pudieron abatir ni uno solo de ellos.
La culpa la tuvo la malévola Yeda, por supuesto.
En el preciso instante en que los terrestres accionaban sus fusiles de rayos láser, éstos se convertían en sonajeros.
Grandecitos, pero sonajeros.
¿Y quién sería capaz de abatir escarabajos gigantes con un sonajero...?
De cualquier modo, los seis miembros de la tripulación de la «Saturno-XII» no intentaron nada con los sonajeros, pues se les cayeron de las manos tan pronto como descubrieron que era eso lo que esgrimían, no fusiles de rayos láser.
Como los monstruosos escarabajos seguían avanzando hacia ellos, con muy malas intenciones, los seis hombres, absolutamente estupefactos, con caras de no saber si estaban despiertos o soñando, retrocedieron con toda rapidez y se refugiaron en la cueva, por cuya angosta entrada no podían pasar los gigantescos coleópteros.
Algunos lo intentaron, pero no lograron cruzarla.
Los otros, mientras tanto, rodearon las tres pequeñas naves terrestres y cargaron con ellas con asombrosa facilidad.
Al ver que los enormes escarabajos se llevaban la «Cóndor-1», la «Cóndor-2» y la «Cóndor-3», uno de los hombres tomó de su cinto el pequeño intercomunicador con pantalla y llamó a Viktor Nowak.
Lo intentó, al menos.
No pudo.
Al intercomunicador le ocurrió lo mismo que a los fusiles de rayos láser.
Sí.
Se había convertido en un sonajero.
Mucho más pequeño que los otros, pero sonajero.
El tipo, inconscientemente, lo movió.
Los cascabeles emitieron un alegre tintineo.
Sonaba bien.
Tal era la perplejidad del miembro de la tripulación, que puso cara de lactante y sonrió.
Sus compañeros le miraron.
Todos, unánimemente, creyeron que se había vuelto loco.
Los escarabajos gigantes pugnando por entrar en la cueva para devorarlo, y él jugando con un sonajero.
¡Y con cara de bebé, además!
El tipo miró los cintos de sus compañeros y al instante se echó a reír de un¡ modo anormal.

—¡Vuestros intercomunicadores también se han convertido en sonajeros...!

Los cinco se miraron.

Era cierto.

Cada uno de ellos portaba un pequeño sonajero en -el cinto, en lugar de un intercomunicador.

Dominados por un impulso extraño, los tomaron y los hicieron sonar, poniendo, como su compañero, cara de lactantes.

CAPITULO IX

En sus aposentos, la hermosa Yeda se mondaba de risa.
El comandante Borzov, en cambio, estaba muy serio.
Tenía las mandíbulas encajadas.
Los ojos brillantes
Los puños apretados.
Había pasado un mal rato con la aparición de los monstruosos escarabajos, a quienes los seis miembros de su tripulación no pudieron hacer frente por culpa de Yeda, que había convertido sus fusiles de rayos láser en grandes sonajeros, al igual que sus intercomunicadores, sólo que éstos más pequeños.
Ahora, aunque sabía que los gigantescos escarabajos no podían entrar en la cueva, Yanis Borzov seguía pasándolo mal, pues por las expresiones de sus hombres, y por lo que éstos estaban haciendo, temía que se hubieran vuelto locos.
Seis hombres hechos y derechos, jugando con sonajeros y con cara de niños de pecho...
Esto era lo que más divertía a la exuberante y desnuda Yeda, lo que más a gusto la hacía reír, hasta el punto de que se le habían saltado las lágrimas.
Borzov le hubiera saltado los dientes, de un buen revés.
Pero no podía.
Seguía atado de pies y manos.
Férreamente atado.
Había intentado romper las ligaduras, pero sólo consiguió lastimarse las muñecas.
Continuaba impotente, pues, para poner fin a las perversas maniobras de Yeda, y eso le estaba irritando cada vez más.
—¿Es una situación realmente cómica, comandante...? —dijo ella, sin dejar de reír.
Borzov la fulminó con la mirada.
—Eres una arpía, Yeda.
—¿Sólo porque me gusta divertirme me llamas arpía?
—¿A esto le llamas tú diversión?
—Claro.
—Eres peor que una tarántula. Si tuviera las manos libres...
—¿Qué harías?
—Te estrangularía.
Yeda lanzó uña burlona carcajada.
—Lo intentaste una vez, y ya viste lo que pasó. Tú no puedes hacerme ningún daño, terrestre.

—¿Por qué me ataste de pies y manos, si tan segura te sientes?

—Para no tener que causártelo yo a ti. Quiero proporcionarte placer, no dolor. Y que me lo proporciones tú a mí.

—Ya conoces mi respuesta, Yeda.

—La cambiarás, lo sé. Estuviste a punto de doblegarte cuando viste que la oruga gigante iba a atacar a Viktor Nowak y los otros.

—No es cierto —negó Borzov.

Yeda rió.

—Tú sabes que sí, comandante.

Borzov guardó silencio y volvió a prestar atención a la pantalla circular, en la que se veía a los seis hombres agitando los pequeños sonajeros, con cara de idiota, y a un par de escarabajos gigantes intentando inútilmente penetrar en la cueva.

Un par de minutos después, preguntaba:

—¿Por qué lo has hecho, Yeda?

—¿El qué, terrestre?

—Sé que lo de los escarabajos gigantes es cosa tuya.

—Es cierto —admitió ella.

—¿Por qué hiciste que se llevaran las tres naves de reconocimiento? ¿Qué pretendes?

—Que tu gente no pueda volver a la astronave ni comunicarse con ella. Quiero mantenerlos encerrados en la caverna. Los escarabajos gigantes se encargarán de que ninguno de los miembros de tu tripulación salga de ella.

Borzov volvió a mirarla con odio.

—Eres una... —empezó a decir, pero ella le selló los labios con el dedo índice, ese que podía lanzar rayos de luz anaranjada, y le impidió acabar la frase.

—Prefiero que me digas cosas bonitas, terrestre.

Borzov estuvo tentado de soltarle un mordisco y cercenarle el dedo, pero se contuvo.

No le convenía.

Ni a él, ni a los doce miembros de la tripulación que se hallaban en el interior de la caverna.

*

Precedidos por la bella muchacha de cabellos rubios, Viktor Nowak, Karin Wheeler, Irene Krieg, Jarek, Silvio y Dana, junto con las dieciocho mujeres que salieran de su encantamiento, seguían ascendiendo por la caverna, en busca de la salida.

Estaban ya muy cerca.

Casi se divisaba la angosta entrada.

La muchacha del pelo rubio fue la primera en descubrir a los seis

hombres que sacudían los pequeños sonajeros con cara de tontos, muy cerca de la entrada. Con todo, no fue esto lo que llamó la atención de la chica, sino los escarabajos gigantes que pugnaban por entrar en la cueva, sin posibilidades de conseguirlo.

La muchacha chilló, aterrada.

Viktor Nowak, alarmado, alcanzó rápidamente a la chica.

Jarek, Silvio, Karin, Irene y Dana también se adelantaron.

La muchacha de cabellos rubios se había abrazado al segundo de a bordo de la «Saturno-XII», pálida y temblorosa.

Karin Wheeler chilló:

—¡Son escarabajos gigantes!

—¡Quieren entrar en la caverna! —gritó Irene Krieg.

—¡Nuestros compañeros han perdido sus fusiles! —observó la morena Dana.

Viktor Nowak ya se había dado cuenta de esto último, así como también de que los seis hombres tenían en las manos sendos sonajeros y los agitaban, haciendo sonar sus cascabeles con cara de haber perdido la razón.

De pronto, se separó de la muchacha del pelo rubio y rugió:

—¡Jarek! ¡Silvio! ¡Acabemos con esos monstruosos escarabajos!

Los tres hombres se lanzaron hacia la entrada de la caverna, esgrimiendo sus armas.

La zorra de Yeda hizo uso de su poder… y tanto la pistola de Viktor como los fusiles de Jarek y Silvio se convirtieron en sonajeros.

Lo mismo ocurrió con las pistolas de Karin, Irene y Dana.

Y con los intercomunicadores de todos ellos.

En la caverna había ya sonajeros para dar y vender.

Y mucho estupor.

Los perplejos terrestres se miraban unos a otros, como preguntándose qué diablos significaba aquello.

Viktor Nowak fue el primero en adivinar que había sido cosa de la perversa Yeda.

Ella había convertido sus armas y sus intercomunicadores en ridículos sonajeros.

Como Jarek y Silvio habían empezado a sacudir los suyos, con caras de lelos, Viktor se los arrebató de sendos zarpazos y los tiró al suelo, haciendo lo propio con los suyos, mientras gritaba: —¡Tiradlos al suelo! ¡Tirad los malditos sonajeros al suelo!

Karin, Irene y Dana obedecieron.

También los otros seis hombres, quienes parecieron volver a la realidad.

Uno de ellos informó:

—¡Los escarabajos gigantes se han llevado nuestras naves, Viktor!

—¿Qué…? —exclamó Nowak.

—¡Sí, cargaron con ellas como si fueran bolas de estiércol y se las llevaron! —explicó otro.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» se acercó todo lo que pudo a la angosta entrada de la caverna y miró por entre los negros y repugnantes cuerpos de los monstruosos escarabajos que taponaban la salida de la cueva, pudiendo comprobar que, efectivamente, la «Cóndor-1», la «Cóndo'r-2» y la «Cóndor-3» habían desaparecido.

Desgranó una maldición y retrocedió, rezongando:

.—Pues estamos listos. Sin armas para combatir a estos bicharracos, sin naves, sin medios para comunicarnos con la «Saturno-XII» y pedir ayuda a nuestros compañeros...

Nadie dijo nada.

Estaban todos totalmente de acuerdo con Viktor Nowak en que su situación era realmente dramática.

Viktor se acercó a la muchacha de cabellos rubios.

—¿Existe alguna otra salida, preciosa? —le preguntó, acompañando sus palabras de expresivos gestos.

La chica entendió y movió la cabeza en sentido negativo.

Viktor exhaló un suspiro y murmuró:

—Me lo temía.

El fornido Jarek apretó sus enormes puños.

—Estamos atrapados.

—Sí, no podemos salir de la caverna. Los escarabajos gigantes cubren la entrada —rezongó Silvio.

—Y menos mal que ellos no pueden entrar... —observó Karin.

—Son demasiado grandes —dijo Irene.

—Tal vez se cansen de pugnar por entrar en la caverna y se marchen... —pensó Dana, sin mucha convicción.

Viktor Nowak, pesimista, masculló:

—No tendremos esa suerte. Yeda y su poder están detrás de todo esto. Ella inutilizó nuestras armas, transformándolas en sonajeros. Debe de estar furiosa con nosotros porque acabamos con la oruga gigante y rompimos el encantamiento de todas estas mujeres. Como represalia, quiere tenernos encerrados en esta caverna.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Karin Wheeler.

—Eso quisiera saber yo, Karin —suspiró Viktor—, Eso quisiera saber yo...

CAPITULO X

La turbadora Yeda posó sus ardientes labios en el mismo centro de la espalda masculina, en excitante beso, y luego preguntó: —¿Sigues sin querer hacer el amor conmigo, comandante?

Yanis Borzov, que no había podido evitar un estremecimiento al sentir los suaves labios femeninos en la espina dorsal, gruñó: —Mi respuesta continúa siendo la misma, Yeda.

—¿No te importa que toda esa gente muera de hambre, de sed y de desesperación en la caverna?

—Viktor Nowak encontrará la forma de salir de ella.

—No existe más salida que ésa, terrestre. Y los escarabajos gigantes no la abandonarán mientras yo no se lo ordene.

—Malvada... —rezongó Borzov, notando que su masculinidad reaccionaba de nuevo, acusando las caricias que las suaves manos de Yeda prodigaban en sus caderas, en sus velludas nalgas, en sus musculosos muslos, todo ello sin dejar de besarle Ia espalda, los hombros, la nuca.

—Ámame con pasión y dejaré salir a tu gente de la caverna.

—No.

Yeda, enfadada, dijo algo en su lengua y luego añadió:

—Es tu problema, Yeda.

—¿Cuándo te convencerás de que es inútil llevarme la contraria?

—Me temo que nunca.

Yeda le agarró furiosamente del pelo y le obligó a levantar mucho la cabeza.

—¡En Zeltio se hace todo lo que yo quiero, comandante!

—Yo, no.

—¡Tú también, terrestre!

—Ya estás viendo que no.

—¡Me amarás ahora mismo!

—No.

—¡Lo harás, maldito, lo harás! —rugió Yeda, y se dispuso a hacer de las suyas.

*

Los doce terrestres y las diecinueve mujeres de Zeltio que se hallaban encerrados en la caverna se estremecieron al escuchar una terrible explosión, que hizo temblar el suelo y las paredes de la cueva.

—¿Qué habrá sido eso...? —exclamó Karin Wheeler, agarrándose a Viktor Nowak.

—¡Se diría que un volcán ha entrado en erupción! —dijo el negro Jarek.

—¡Sí, ha sonado igual! —exclamó Silvio.

Apenas extinguido el eco de la tremenda explosión, empezó a escucharse un sordo rugido, cada vez más próximo.

Algo se acercaba a la entrada de la caverna.

Y se acercaba con rapidez.

El extraño y continuo rugido se escuchaba cada vez más cerca.

Viktor Nowak se soltó de Karin Wheeler y se aproximó a la salida de la cueva, todavía taponada por algunos de los escarabajos gigantes, quienes no parecían convencerse nunca de que sus enormes corpachones no podían cruzar la angosta entrada.

—¿Ves algo, Viktor...? —preguntó Irene Krieg, muy asustada.

—Nada —respondió Nowak, escudriñando el exterior por entre los cuerpos de los monstruosos coleópteros.

Sospechaba que no tardaría en averiguar la causa de aquel sordo rugido, cada vez más próximo.

Y, efectivamente, no tardó.

Estremecido, gritó:

—¡Tenías razón, Jarek! ¡Un volcán ha entrado en erupción! ¡Un auténtico mar de lava viene hacia aquí, arrasándolo todo!

Las palabras del segundo de a bordo de la «Saturno-XII» llenaron de pánico a sus compañeros, quienes temieron que el mar de lava inundase la caverna y se los tragase a todos.

Viktor Nowak también lo temía, pero a la vez comprendía que nada podían hacer por evitarlo.

No podían abandonar la caverna.

Y aunque hubiesen podido, seguramente hubiera sido suicida.

El mar de materias derretidas y candentes los hubiera alcanzado igualmente.

No quedaba otra alternativa que descender rápidamente al fondo de la caverna y confiar en que no entrase tanta lava en ella como para inundarla y engullirlos a todos.

Viktor retrocedió, gritando:

-—¡Al fondo de la caverna, deprisa! ¡El mar de fuego está a punto de alcanzar la entrada!

Atropelladamente, los doce miembros de la tripulación y las diecinueve mujeres de Zeltio descendieron hacia lo más profundo de la caverna.

El torrente de materias encendidas alcanzó la cueva, achicharrando a los escarabajos gigantes que seguían frente a ella, para luego irrumpir en la caverna y resbalar velozmente hacia sus profundidades, llenándola de calor.

Los terrestres y las mujeres de Zeltio corrían como locos hacia el

fondo de la caverna, perseguidos, cada vez más cerca, por un verdadero río de materias incandescentes, cuyas oleadas de calor azotaban ya los cuerpos de los más rezagados.

Viktor Nowak era uno de ellos.

Y no porque corriese menos.

Se había rezagado deliberadamente para proteger a las mujeres que corrían en los últimos lugares.

—¡Más de prisa! ¡Tenéis que correr más de prisa o la lava nos alcanzará! —gritó, volviendo la cabeza un instante.

Una de las mujeres de Zeltio resbaló y cayó al suelo, rodando por él aparatosamente.

Debió propinarse algún golpe en la cabeza, pues, cuando dejó de dar vueltas por el suelo, quedó muy quieta, con los ojos cerrados.

Viktor Nowak cargó con ella rápidamente y siguió corriendo.

—¡Vamos, corred, corred! ¡La lava nos pisa los talones!

Alcanzaron el fondo de la caverna.

Viktor indicó:

—¡Trepad a las rocas más altas, aprisa!

Así lo hicieron terrestres y mujeres de Zeltio.

—¡Dame a la chica, Viktor! —dijo Jarek, en lo alto ya de una de las rocas.

Nowak elevó a la desvanecida muchacha que portaba en brazos y el musculoso negro se hizo cargo de ella.’

—¡Trepa, Viktor, de prisa! —gritó Karin Wheeler, angustiada por la proximidad del mar de lava.

Nowak se agarró a la mano que le tendía Silvio y ayudado por éste trepó a la roca.

Un par de segundos después el torrente de lava inundaba el suelo de la caverna.

Por fortuna, todos se hallaban ya sobre las rocas más alias, y nadie pereció abrasado.

Por el momento, claro.

Faltaba por saber el nivel que alcanzaría la lava.

*

El comandante Borzov, pálido y estremecido, contemplaba la escena con ojos desencajados.

—¡Basta, Yeda! —rugió, sin apartar la mirada de la circular pantalla.

La mujer que mandaba en Zeltio sonrió perversamente.

—¿Decías, comandante...?

—¡Detén ese mar de lava!

—Sólo tú puedes detenerlo. Ya sabes cómo.

Yanis Borzov apretó rabiosamente los maxilares.

Estaba a punto de ceder a los deseos de Yeda» pero todavía se resistió unos minutos.

Finalmente, tuvo que doblegarse.

El nivel de la lava seguía subiendo con rapidez.

Pronto alcanzaría las rocas más altas.

Morirían todos abrasados...

Borzov miró a la diabólica mujer de cabello rubio platino y rugió:

--¡Tú ganas, Yeda!

El rostro de ella se iluminó.

—¿Harás el amor conmigo, terrestre...?

—¡Sí, maldita sea!

—¿Me das tu palabra?

-¡Sí!

—Te advierto que si no la cumples...

—¡La cumpliré, no temas! ¡Pero antes tendrás tú que cumplir la tuya! ¡Dijiste que dejarías salir a mi gente de la caverna!

—Y lo haré.

—¡Quiero verlo! ¡Ahora mismo!

—Muy bien, terrestre —sonrió Yeda—, Mira la pantalla.

Borzov obedeció.

La lava casi quemaba ya los pies de Viktor Nowak y los demás, ante la desesperación de todos ellos, que ya se veían tragados por aquel espantoso mar de fuego.

De pronto, ocurrió algo sorprendente.

¡La lava se tornó blanca!

¡Fría!

¡Se había convertido en nieve pura!

Había que ver las caras de los doce terrestres y las diecinueve mujeres de Zeltio...

Ninguno de ellos parecía creer lo que estaba viendo.

¡El fuego se había transformado en hielo!

¡El sofocante calor de la caverna había desaparecido súbitamente, dando paso a un frío que penetraba en los huesos!

Viktor Nowak fue el primero en atreverse a abandonar las rocas y pisar la nieve, en la cual se hundieron sus piernas hasta casi las rodillas.

Poco a poco, los demás lo fueron imitando.

Lentamente, con el lógico temor de que toda aquella enorme cantidad de nieve se transformase nuevamente en ardiente lava, iniciaron el ascenso hacia la salida de la caverna.

El comandante Borzov no sentía tal temor, pues sabía que, si él cumplía su palabra y hacía el amor con Yeda, ella cumpliría la suya y dejaría salir de la caverna a los doce miembros de su tripulación y las

diecinueve mujeres de Zeltio.

Yeda ya le estaba desatando las manos, entre cariñosos besitos.

Luego le desató los pies.

Entonces se tumbó boca arriba sobre el alfombrado suelo y tendió sus brazos a Yanis Borzov, con turbadora sonrisa.

—Yo he cumplido mi parte del trato. Ahora, cumple tú la tuya, comandante.

Borzov se entretuvo unos segundos frotándose las muñecas, enrojecidas y algo despellejadas por la presión de las sólidas ligaduras.

Lo hizo contemplando el prodigioso cuerpo desnudo de Yeda.

Después, se tendió sobre ella y empezó a besarla y acariciarla.

Yeda le devolvió cada beso, cada caricia.

Borzov no prolongó excesivamente la fase de preparación para el acto sexual, pues quería terminar cuanto antes con aquello.

No podía olvidar que Yeda le había forzado a complacerla, y eso mantenía viva su indignación.

Se colocó debidamente y la poseyó con nulo entusiasmo.

A pesar de ello, Yeda alcanzaba el gozo supremo muy poco tiempo después, entre jadeos y gemidos, fuertemente abrazada al musculoso cuerpo del terrestre.

El comandante Borzov se dijo que él había cumplido también su parte del trato.

Era el momento de entrar en acción.

De intentar escapar de las garras de Yeda.

Y Yanis Borzov lo intentó.

CAPITULO XI

El hecho de que, a causa de los deliciosos momentos del placer máximo, la sensual Yeda tuviese los ojos cerrados, favoreció los planes del comandante Borzov, quien, sin dudarlo un solo segundo más, le estrelló el puño en el mentón.

Fue un golpe seco.

Duro.

Preciso.

Yeda no tuvo tiempo de nada.

Ni siquiera de gemir.

Perdió el conocimiento en el acto.

De eso se trataba.

Hallándose inconsciente, Yeda era una mujer como las demás.

No podía hacer uso de sus poderes.

Había dejado de ser peligrosa.

¿Por cuánto tiempo...?

Yanis Borzov esperaba que por un par de horas, al menos.

El puñetazo había sido muy contundente.

Borzov se incorporó y se colocó rápidamente el slip, el traje, las botas y el cinto, al que seguían enganchados su mando de control remoto y su intercomunicador.

Con éste podría ponerse en contacto con la «Saturno-XII» y pedir ayuda.

Antes, sin embargo, debía ocuparse de Yeda.

Le colocó el minúsculo pantaloncito dorado y la tenue túnica color ámbar. Después, le ató las manos a la espalda y los pies, con las mismas ligaduras con que ella le atara a él.

Para mayor precaución, le cubrió los ojos con su pañuelo.

Yeda tenía mucho poder en ellos.

Tal vez, al no poder ver, dejasen de ser peligrosos.

Concluida la tarea, el comandante Borzov tomó su intercomunicador y llamó a la «Saturno-XII».

Al instante, en la reducida pantalla apareció el rostro de uno de los miembros de su tripulación, expresando sorpresa y alegría a la vez.

—¡Comandante!

Borzov sonrió ligeramente,

—Hola, Franz.

—¿Dónde se encuentra, comandante...?

—No tengo ni idea. Sé que estoy en algún lugar del subsuelo de este maldito planeta, llamado Zeltio, del que voy a intentar salir como

sea. Tal vez entonces pueda tener una idea aproximada de la zona en que me hallo.

—Viktor y algunos de los muchachos salieron en su busca, comandante.

—Lo sé. Ellos también tienen problemas, Franz.

—¿De veras? —se alarmó el tripulante.

—Tomaron tierra en un bosque y allí se quedaron sin las «Cóndor-1», «Cóndor-2» y «Cóndor-3».

—¿Que se quedaron sin sus naves...?

—Así es, Franz. Sin sus naves, sin sus armas y sin sus intercomunicadores. No pueden ponerse en contacto con vosotros. Quiero que salgáis con la «Cóndor-4», «Cóndor-5» y «Cóndor-6» en su busca. No sé dónde se encuentra ese bosque, pero es posible que encontréis nieve en él. Mucha nieve.

—Entendido, comandante. Ahora mismo vamos en su busca. Y también haremos lo posible por encontrarle a usted.

—En cuanto salga de este maldito lugar subterráneo, os volveré a llamar, Franz.

—Está usted bien, ¿verdad, comandante?

—Sí, estoy bien.

—Me alegro mucho.

—Gracias, Franz. Espero que nos veamos pronto —sonrió Borzov, y cortó la comunicación.

Se colocó el pequeño intercomunicador en el cinto y cargó con la desvanecida Yeda, echándosela al hombro izquierdo.

Miró a la circular pantalla empotrada en la pared.

En ella seguía viéndose el fondo de la enorme caverna, ahora llena de nieve.

Viktor Nowak y los demás habían desaparecido.

Debían estar a punto de alcanzar la salida de ¡a caverna.

O tal vez la habían alcanzado ya.

El comandante Borzov no podía saberlo, pues, al perder el sentido Yeda, la pantalla había dejado de seguir los movimientos del grupo de terrestres.

Borzov dedujo que eso era debido a que la pantalla era manejada mentalmente por Yeda.

Al perder ésta el conocimiento, la imagen del fondo de la caverna había quedado fija en ella..

Yanis Borzov dio un vistazo también a su pistola de rayos láser, que seguía convertida en sonajero. Evidentemente, así no servía de nada, por lo que no se molestó en recogerla del suelo.

Con Yeda tumbada en el hombro, el comandante Borzov se dispuso a abandonar la habitación.

Como recordaba que Yeda había surgido de detrás de la cortina

roja, caminó hacia allí y la retiró cautelosamente.

Descubrió una puerta.

Estaba cerrada.

Borzov Ía empujó y la puerta cedió.

El terrestre la cruzó.

Aquella puerta daba a otra extraña estancia, aún más espaciosa que la que acababa de abandonar.

Las paredes estaban igualmente cubiertas con lujosas cortinas de colores y se veían numerosos almohadones esparcidos por el suelo.

Yanis Borzov se preguntó detrás de cuál de las cortinas se hallaría la puerta de salida.

No tendría más remedio que ir retirándolas una por una, hasta dar con ella.

Eso creía él, al menos.

Pero se equivocó.

No tuvo necesidad de apartar ni una sola de las cortinas.

La verde se apartó sola.

Bueno, sola, sola...

En realidad la apartó un individuo.

Y vaya individuo...

Dos metros largos de estatura, casi uno de hombro a hombro, alrededor de ciento veinte kilos de peso, todo músculo, cabeza poderosa, cráneo pulcramente rapado... Llevaba un escueto taparrabos, por toda vestimenta, e iba descalzo.

El gigantón, cuya piel brillaba como si acabara de friccionarse el cuerpo con algún aceite especial, miró fieramente al terrestre, mostrando dos hileras de dientes que ya las hubiera querido para sí el rey de los cocodrilos.

El comandante Borzov, sin dejarse impresionar demasiado por el colosal tamaño del tipo, ni por la fiera expresión de su rostro, depositó a la inerte Yeda en el suelo y se aprestó a hacer frente a la mole humana.

Borzov adivinaba que el gigantón de piel brillante era algo así como el guardaespaldas particular de Yeda, el permanente guardián de sus aposentos, el hombre que velaba sus sueños.

Entre otras cosas, claro.

Sí, porque Yanis Borzov estaba seguro de que la fogosa Yeda se había trajinado docenas de veces a aquel hombrón, gozando con él y proporcionándole gozo a su vez.

Bien.

Estaba claro que tendría que derrotar al gigantón, para poder salir de aquella habitación, así que el comandante Borzov fue hacia él, dispuesto a librarse del coloso humano cuanto antes.

El tiempo era un factor muy importante para él.

No podía desperdiciar un solo minuto.

El titán de piel brillante lanzó un rugido de león, llenó sus pulmones de aire, para que su descomunal caja torácica impresionara aún más, y saltó sobre el terrestre.

Yanis Borzov esquivó el ataque de su poderoso enemigo en un alarde de agilidad y respondió con un golpe en los riñones, propinado con el filo de la mano.

El tiarrón aulló de dolor y se revolvió como una fiera, los ojos llameantes de cólera.

Intentó atrapar a su rival con sus largos y musculosos brazos, capaces de partir en dos el tronco de un árbol.

El comandante Borzov se dejó caer al suelo, quedando sentado en él, por lo que el gigantón de cráneo rapado sólo pudo abrazar el aire.

Borzov encogió las piernas para una fracción de segundo después desplegarlas e incrustar sus botas en el estómago del habitante de Zeltio.

El tipo cayó de espaldas, lanzando al caer un bramido de dolor.

Borzov se irguió de un salto.

El gigante brincó del suelo también.

Dijo algo en su lengua.

—Eso tu padre —rezongó Borzov, por si acaso.

El mastodonte le atacó de nuevo, ahora con los pies.

¡Y qué pies! 7

Eran grandes como piraguas.

El comandante Borzov consiguió atrapar la pezuña zurda de aquel tipo y se la torció con todas sus fuerzas con un brusco movimiento.

El aullido del coloso de Zeltio casi rasgó una cortina.

Se retorció en el suelo, agarrándose el pie con ambas manos, mientras un par de gruesos lagrimones, tan grandes como garbanzos, escapaban de sus apretados ojos y resbalaban por sus crispadas mejillas.

A Yanis Borzov no le pareció correcto volver a golpear a un rival que estaba caído.

Pero las cosas no estaban como para andarse con excesivos escrúpulos, así que por si acaso le propinó un par de patadones en la cabeza.

Un hombre normal hubiera perdido el conocimiento en el acto, porque los golpes fueron muy duros.

Pero, para duro, el cabezón del tipo.

Resistió los golpes como si toda la cabeza la tuviera blindada.

Y es que aquello no era un hombre.

Era un elefante con cara de hombre.

Y el elefante se incorporó.

Rugiendo.

Enseñando todos los dientes.

El comandante Borzov no pudo resistir la tentación de soltarle un buen trallazo a la boca, para ver si le obligaba a escupir unos cuantos.

El gigantón escupió dos, entre horribles aullidos, y luego se llevó las manos a la destrozada boca, llena de sangre muy roja.

Bajó ligeramente la cabeza.

Borzov aprovechó la ocasión para golpearle en las orejas.

Se las planchó las dos al mismo tiempo una con cada puño.

Fue como si aplaudiera, pero con las manos cerradas y el cabezón del gigante en medio.

El tipo bramó, pero él no se oyó.

Se había quedado sordo de ambos oídos.

Borzov le golpeó ahora en el cuello, utilizando el canto de las manos.

Fueron dos auténticos hachazos, pero el gigantesco individuo siguió en pie.

El comandante de la «Saturno-XII», cansado ya de buscarle el punto débil sin encontrárselo, le incrustó la rodilla derecha entre los muslos.

En seguida se dio cuenta de qué era ése el punto flaco del tipo, pues se derrumbó instantáneamente, dando horribles alaridos.

Se arrancó el taparrabos y se agarró lo que tenía de hombre, porque era eso lo que tan terriblemente le dolía.

Borzov apuntó bien y luego disparó de nuevo la pierna, golpeándole en el mismo sitio, sólo que ahora con el pie.

No importó que el gigante se protegiera los genitales con sus dos manazas, el golpe que le había propinado fue igualmente terrible.

El tipo no pudo resistir tanto dolor y se desmayó, quedando después muy quieto en el suelo hecho una bola.

El comandante Borzov exhaló un suspiro de alivio y se acercó a la desvanecida Yeda, cargando de nuevo con ella.

Se dirigió hacia la cortina verde.

Tras ella, en efecto, había una puerta.

La que utilizara el gigantón para entrar en aquella estancia,

Borzov la abrió y pasó a la sala contigua.

Allí no había lujosas cortinas ni mullidos almohadones, pero sí media docena de individuos cubiertos con breves taparrabos, no tan altos ni tan anchos de hombros como el que el terrestre acababa de derrotar, pero igualmente fuertes y musculosos.

También ellos llevaban el cráneo afeitado.

Y también ellos miraron fieramente al comandante Borzov.

CAPITULO XII

Con bastantes dificultades, a causa de la gran dificultad de lava transformada en nieve pura, los doce miembros de la tripulación de la «Saturno-XII» y las diecinueve mujeres de Zeltio, alcanzaron la salida de la caverna.

Viktor Nowak fue el primero en cruzarla.

Toda la zona del bosque que alcanzaba a ver con sus ojos estaba cubierta de nieve.

Karin Wheeler, Irene Krieg, Dana, Jarek, Silvio y las mujeres de Zeltio, fueron saliendo también de la caverna.

Jarek rezongó:

—Primero casi nos achicharramos, con el calor de la lava, y ahora nos estamos quedando congelados con toda esta nieve.

—Yeda no quería matarnos, sólo asustarnos —dijo Viktor—. A nosotros... y al comandante Borzov —adivinó.

—¿Al comandante...? —repitió Silvio, sin comprender.

—Sospecho que Yeda lo raptó porque quiere obtener algo de él. El comandante Borzov no cedía, y ella nos utilizó para hacerle cambiar de idea. Al ver que la lava estaba a punto de alcanzar las rocas a las que habíamos trepado, el comandante se sometió a los deseos de Yeda, poniendo como condición que ella nos permitiera salir de la caverna. Yeda transformó después la lava en nieve... y fuera de la caverna estamos.

—Helados como pingüinos —masculló la pelirroja Irene, friccionándose el cuerpo.

Eso mismo estaba haciendo la morena Dana.

Y Karin.

Y las mujeres de Zeltio, mucho más ligeras de ropa que los terrestres, pues, bajo las túnicas blancas, sólo llevaban unos sucintos pantaloncitos, igualmente blancos.

—Estas pobres chicas están tiritando de frío —observó el negro Jarek.

—Ayudémoslas a entrar en calor, Jarek —sugirió Silvio, y empezó a dar masajes en los muslos de la mujer que tenía más cerca.

Ella comprendió que el terrestre pretendía desentumecer sus heladas piernas y le sonrió con agradecimiento.

Jarek se puso a imitar a Silvio.

Viktor empezó a masajear también unos cuantos muslos femeninos, pero Karin lo agarró por un brazo y lo impidió, rezongando: —Menos masajes, Viktor. Lo que tenemos que hacer es largarnos cuanto antes de aquí.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» carraspeó.

—Tienes razón, Karin. Debemos abandonar la zona nevada y buscar nuestras naves.

—¡Ya lo habéis oído, pareja de bribones! —exclamó Irene Krieg, mirando ceñudamente a Jarek y Silvio—, Que con la excusa de que queréis hacerlas entrar en calor, menudo sobo estáis dando a las chicas.

Jarek y Silvio tosieron a dúo.

—Bueno, nosotros... —dijo el negro. —La verdad es que... —dijo el otro. Viktor Nowak rió e indicó: —En marcha, muchachos.

*

El comandante Borzov comprendió que su intento de fuga había fracasado.

Haría frente a la media docena de musculosos individuos que le cerraban el paso.

Sin embargo, estaba seguro de no poder con todos ellos, por muy a fondo que se empleara y muy hábil que se mostrara en la desigual lucha.

Eran demasiados.

Los tipos ya avanzaban hacia él.

Yanis Borzov dejó a la inconsciente Yeda en el suelo y se aprestó para la defensa.

Uno de los individuos le atacó, dando un fiero grito.

El terrestre, en vez de dar un fiero grito, prefirió dar un fiero puñetazo, después de burlar el ataque del fornido habitante de Zeltio.

El tipo rodó por el suelo.

Otros dos hombres atacaron a Yanis Borzov.

El terrestre tumbó a uno de ellos, pero no pudo evitar que el otro le propinara un duro golpe en el costado.

Borzov se encogió, ahogando un grito de dolor.

El tipo entrelazó sus manos y las descargó sobre la nuca del terrestre, pero éste, un quinto de segundo antes, le embistió con la cabeza y los dos cayeron al suelo.

El comandante Borzov intentó ponerse en pie con rapidez, pero los otros tres hombres se arrojaron sobre él como verdaderas fieras.

Lucharon en el suelo.

Yanis Borzov se defendió bravamente, pero, como era de esperar, finalmente se vio reducido por los hombres de Zeltio, quienes le dejaron sin sentido a golpes.

*

Los doce miembros de la tripulación de la «Saturno-XII» y las diecinueve mujeres de Zeltio salieron por fin de la zona cubierta por la nieve.

Algunos minutos después, descubrían la «Cóndor-1», la «Cóndor-2» y la «Cóndor-3», posadas en el suelo, intactas.

De los escarabajos gigantes, ni rastro.

Mejor, porque como surgiesen de pronto...

No tenían con qué hacerles frente.

Ni dónde refugiarse.

Por eso urgía alcanzar las naves y meterse en ellas.

Lo difícil sería meter también a las diecinueve mujeres de Zeltio.

Todo un problema, desde luego.

Por fortuna, en aquel preciso momento surgieron en el cielo la «Cóndor-4», la «Cóndor-5» y la «Cóndor-6».

Viktor Nowak y sus compañeros agitaron los brazos y lanzaron algunos gritos.

Los tripulantes de las naves ya los habían divisado, tanto a ellos como al grupo de mujeres de Zeltio.

La «Cóndor-4», «Cóndor-5» y «Cóndor-6» se posaron en el bosque junto a la «Cóndor-1», «Cóndor-2» y «Cóndor-3».

Sus doce tripulantes —seis hombres y seis mujeres-descendieron rápidamente de ellas y abrazaron a Viktor y los otros.

—¡El comandante Borzov nos dijo que estabais en dificultades, Viktor! —exclamó Franz.

—¿El comandante,..? —respingó Nowak.

—¡Sí, yo hablé con él! ¡Me dijo que os habíais quedado sin las naves, sin las armas y también sin los intercomunicadores.

—Es cierto. Bueno, las naves ya las hemos encontrado, como podéis ver. En cuanto a las armas y los intercomunicadores, una bruja llamada Yeda, la mujer que manda este planeta, los convirtió en sonajeros.

—¿Sonajeros...? —se asombró Franz.

—Como lo oyes. La tal Yeda nos las ha hecho pasar canutas. Y me temo que al comandante Borzov también. Por cierto, ¿sabéis dónde está?

—¿El comandante...?

—Sí, claro.

Franz sacudió la cabeza.

—Cuando nos llamó, ni él mismo lo sabía. Sospechaba, no obstante, que se hallaba en algún lugar del subsuelo de Zeltio.

—¿Zeltio...?

—Sí; así se llama este planeta.

—Ya.

—El comandante dijo que iba a intentar salir como fuera, y que

entonces nos volvería a llamar.

—¿Todavía no lo ha hecho?

—No, todavía no.

—Déjame tu intercomunicador, Franz —pidió Viktor.

El tipo lo extrajo de su cinto y se lo entregó.

Viktor Nowak llamó al comandante Borzov.

Varias veces.

No obtuvo respuesta.

Con el semblante preocupado, el segundo de a bordo de la «Saturno-XII» devolvió el intercomunicador a Franz.

—Me temo que el intento de fuga del comandante Borzov ha fracasado —adivinó.

—Así debe de ser —opinó Jarek—. De otro modo, respondería a nuestra llamada.

—¿Tampoco vosotros tenéis idea de dónde puede estar el comandante, Viktor? —preguntó Frank.

Nowak movió la cabeza negativamente.

—No, no lo sabemos. Sospechamos, sin embargo, que está con Yeda. Estas mujeres —miró a las diecinueve habitantes de Zeltio— accedieron a guiarnos hasta esa perversa mujer. No será fácil llegar hasta ella, dado su extraordinario poder. Pero vamos a intentarlo.

Franz observó al grupo de mujeres de Zeltio.

—Son todas muy hermosas.

—Sí, sí que lo son —sonrió Viktor.

—Y muy cariñosas —añadió Jarek, sonriendo también, aunque lo hizo de forma maliciosa.

Irene Krieg no pudo reprimirse y le soltó un codazo.

Jarek ahogó un gemido y se encogió, entre las risas de todos sus compañeros.

Viktor Nowak indicó:

—A las naves, muchachos. No perdamos más tiempo.

Al disponer ahora de las seis «Cóndor», no hubo dificultades para instalar en ellas a las diecinueve mujeres de Zeltio.

Se acomodaron tres en cada «Cóndor», excepto en la «Cóndor-1», donde subieron cuatro.

Una de ellas era la muchacha de cabellos rubios que se refugiara en la caverna.

Viktor Nowak elevó la «Cóndor-1» y pidió a la muchacha que le fuera indicando el camino.

Las otras cinco naves se elevaron también y siguieron a la «Cóndor-1».

CAPITULO XIII

El comandante Borzov abrió los ojos.

Se encontró tirado de bruces en el suelo, atado nuevamente de pies y manos.

Le dolía todo el cuerpo, a causa de los golpes recibidos.

Yanis Borzov buscó a Yeda con la mirada, pero no la encontró.

Estaba solo en la habitación.

La misma habitación de la cual él intentara escapar, llevando a la desvanecida Yeda sobre su hombro.

La de la sólida campana de cristal, que por cierto ya no estaba suspendida en el aire, sino posada en el suelo, como dispuesta a recibir a alguien más en su interior.

El comandante Borzov fijó su mirada en la circular pantalla empotrada en la pared, que seguía ofreciendo la imagen del fondo de la caverna llena de nieve.

Esto último hizo sospechar al terrestre que Yeda todavía no había recobrado el conocimiento, pues, de otro modo, se encontraría allí, en aquella habitación, siguiendo los movimientos de Viktor Nowak y los demás a través de aquella pantalla que ella manejaba mentalmente.

Yanis Borzov tensó sus acerados músculos, en un desesperado intento de vencer la resistencia de las ligaduras antes de que Yeda volviera en sí e hiciera acto de presencia, dispuesta a ejercer de nuevo su poder.

Como, en esta ocasión, no se hallaba desnudo, las mangas del traje protegían un tanto sus muñecas de la terrible presión de las cuerdas.

Claro que por eso no le resultaba tan doloroso como la otra vez el intentar romperlas.

No, no resultó tan doloroso, pero sí igualmente inútil.

Las ligaduras, confeccionadas con una fibra desconocida para el terrestre, se mantuvieron firmes.

El comandante Borzov, jadeante y sudoroso, se tomó un par de minutos de descanso, pero con el decidido propósito de reanudar sus esfuerzos en cuanto hubiese recuperado las energías.

Tenía que soltarse antes de que Yeda se recobrara.

Si no lo conseguía, pobre de él y pobres de los miembros de su tripulación.

Era lógico pensar que Yeda, cuando volviese en sí, montaría en cólera con el puñetazo recibido y querría vengarse.

Tan pronto como su respiración se normalizó, Yanis Borzov hizo trabajar nuevamente sus músculos.

En ello estaba, cuando la cortina roja se movió y la hermosa Yeda

surgió de detrás de ella, con los ojos chispeantes de furia.

Borzov se relajó, consciente de que sus titánicos esfuerzos ya no le servirían de nada.

Yeda estaba allí.

Despierta.

Furiosa.

Sedienta de venganza.

Ni aun teniendo las manos y los pies libres, podría frenar a aquella diabólica mujer, capaz de convertirle en un gato o en un perro con sólo desearlo.

Yeda caminó hacia él, luciendo un moretón en su preciosa barbilla.

—¡Me engañaste, terrestre!

—No es cierto, Yeda.

—¡Me diste tu palabra de que...!

—De que haría el amor contigo, no de que no intentaría escapar después.

—¡Me golpeaste, terrestre!

—Tuve que hacerlo, para que dejaras de ser peligrosa.

—¡No te lo perdonaré jamás!

—Tus hombres también me golpearon a mí, y yo no les guardo rencor por eso.

—Fuiste un ingenuo al pensar que podrías escapar de mis aposentos.

—Sí, ahora me doy cuenta. Pero tenía que intentarlo, Yeda, compréndelo.

—¡No, no lo comprendo! ¡Te ofrecí mi hermoso cuerpo y una vida cómoda y placentera a mi lado! ¡Sólo tenías que amarme!

—No se puede amar por la fuerza, Yeda. Si nos hubieses recibido amistosamente en tu planeta, hubiera sido muy distinto. Eres una mujer de fascinante belleza, no hubieses tenido que pedirme que te hiciera el amor, yo mismo te lo hubiera sugerido.

—¡No me des lecciones, comandante!

—No trato de dártelas, te lo aseguro.

Yeda soltó un gruñido y miró la redonda pantalla.

Al instante, la imagen cambió.

Yanis Borzov respingó al ver las seis «Cóndor» surcando los aires en correcta formación.

—Ahí tienes a tu gente, comandante —rezongó Yeda—. Las mujeres de Zeltio viajan con ellos y los guían hacia aquí. Están ya muy cerca de la entrada de mi palacio subterráneo.

Borzov no supo si alegrarse o entristecerse, pues era de esperar que Yeda, haciendo uso de todo su poder, les impidiera entrar en su palacio.

—¿Qué piensas hacer, Yeda? --preguntó, visiblemente preocupado.

—Podría hacer estallar sus naves en el aíre.

El comandante Borzov sintió un ramalazo de frío.

—Sería una monstruosidad, Yeda.

—¿Y qué? ¿Crees que eso me impediría dormir por las noches? —sonrió ella.

—No lo hagas, Yeda —suplicó Borzov, estremecido.

—No temas, no pienso acabar con todos ellos de una manera tan rápida. Ya sabes que a mí me gusta mucho divertirme.

Borzov guardó silencio, mientras se preguntaba qué suerte reservaría Yeda a todos los miembros de su tripulación e incluso a él mismo.

Pasaban los minutos y no sucedía nada.

Las seis naves seguían aproximándose hacia el palacio subterráneo de Yeda.

Lo divisaron y se posaron frente a la entrada.

Los veinticuatro miembros de la tripulación y las diecinueve mujeres de Zeltio empezaron a descender de las naves.

Cuando todos estuvieron fuera, Yeda hizo uso de su poder y convirtió a los hombres en perros y a las mujeres en gatas.

Tan sólo uno de los hombres se libró de la transformación en perro: Viktor Nowak.

Yeda tenía otros planes con respecto a él

Apenas sufrir la increíble transformación, se armó una algarabía terrible frente a la entrada del calado de Yeda.

Sabido es que los gatos y los perros, salvo en muy raras excepciones, se llevan bastante mal, y aquéllos no podían llevarse peor.

Ladridos...

Maullidos...

Saltos...

La pelea era general, y Viktor Nowak, atónito, no sabía qué hacer para solucionar eso.

Yeda no le dio tiempo a intentar nada, pues lo trasladó repentinamente al interior de la hermética campana de cristal.

—¡Comandante! —exclamó Nowak al descubrir a Borzov tendido en el suelo y maniatado.

—¡Viktor! —exclamó a su vez Yanis Borzov.

Yeda apuntó a la campana de cristal con su dedo índice y envió uno de aquellos rayos de luz anaranjada.

La campana, tras el lógico susto de Viktor Nowak, se elevó y quedó suspendida en el aire.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XIÍ» salió de debajo de la transparente campana, sin perder de vista a la hermosísima mujer de

cabellos rubio platino, cuyos encantos vislumbraba a través de la tenue túnica.

Ella le sonrió sensualmente.

—Bien venido a mi palacio, Viktor.

—Es Yeda, ¿verdad? —preguntó Nowak a Borzov.

—Sí, es Yeda —asintió roncamente el comandante de la «Saturno-XII».

—¿Fue ella quien le golpeó?

—No, sus guardianes, cuando intentaba escapar de su palacio subterráneo.

—¿Qué quiere esta endemoniada mujer, comandante? ¿Por qué lo tiene preso?

Como Yanis Borzov no respondía, lo hizo la propia Yeda:

—Sólo quiero hacer el amor con él, Viktor.

El segundo de a bordo de la «Saturno-XII» se quedó perplejo.

—¿Hacer el...? —balbució, incrédulo.

Yeda asintió con la cabeza.

—Sí, Viktor. Pero él no quiere. Parece ser que no le gusto lo suficiente, pues he insistido mucho y no he logrado hacerle cambiar de idea. Pero ya no me importa. ¿Sabes? Ahora me gustas tú mucho más que él.

—¿Que yo...?

—Sí. Quiero hacer el amor contigo, Viktor. Solamente por eso no te he convertido en perro, como a todos los demás. Si tú aceptas vivir conmigo, en mi palacio, tu comandante y tus compañeros también llevarán una vida cómoda y grata en Zeltio. Pero en cambio, si tú te niegas a mis deseos...

La expresión de Yeda era tan significativa, que Viktor Nowak no tuvo necesidad de preguntar qué es lo que pasaría con Yanis Borzov y los demás si él rechazaba la descarada proposición de aquella diabólica mujer.

Viktor miró a Borzov.

Este siguió callado.

Yeda apremió:

—¿Qué decides, Viktor?

Nowak miró la pantalla.

Los perros y los gatos seguían peleándose furiosamente.

—Devuélvelos a la normalidad y haré el amor contigo, Yeda —respondió.

Yeda rió.

—No, Viktor. Primero haremos el amor y luego me ocuparé de los perros y los gatos.

—¿No te fías de mí, Yeda?

—Menos que tú de mí, terrestre.

Viktor-apretó los labios.

Tenía el propósito de sorprender a Yeda, pero no podía intentarlo mientras sus compañeros continuasen siendo perros y gatos y de ahí su contrariedad.

Yeda accionó el cierre de su túnica y ésta resbaló por su cuerpo, cayendo a sus pies.

Entonces, tendió sus brazos al segundo de a bordo de la «Saturno-XII» y susurró:

—Ven, terrestre.

Viktor Nowak se estaba diciendo que no tendría más remedio que complacer a la hermosa rubia platino.

La cortina roja se agitó y alguien surgió de detrás de ella.

Se trataba de un hombre que aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, alto, robusto, de abundante cabello plateado.

Se cubría con una túnica brillante.

Yeda, al verle, palideció perceptiblemente.

—¡Fermo! —exclamó, haciendo un gallo con la voz.

El llamado Fermo la miró con dureza.

—Hola, Yeda —respondió en lengua terrestre, para que Yanis Borzov y Viktor Nowak entendieran lo que decían.

—Me dijeron que habías muerto... —musitó ella, en lengua terrestre también.

—No es cierto. Fingí que perdía la vida porque sentía curiosidad por saber cómo regirías tú los destinos de Zeltio cuando yo muriese. Cómo utilizarías los poderes que yo te transmití. Tenía la sospecha de que no obrarías bien, Yeda. Y mis sospechas se han confirmado, con gran pesar mío. Es muy triste comprobar que tú, mi única hija, eres una mujer caprichosa y perversa, que no piensas más que en los placeres de la carne, que castigas sin motivo, que gozas haciendo sufrir a todo el mundo...

—¡Eso no es verdad, padre!

—Es inútil que Io niegues, Yeda. Sé iodo lo que has hecho en este último tiempo. Lo sé absolutamente todo.

—Fermo...

—No supliques, Yeda. Tampoco serviría de nada. Tu comportamiento merece un castigo ejemplar, y no te librarás de él. Mí poder es aún mayor que el tuyo, tú lo sabes.

Sí, Yeda sabía que no podía enfrentarse a su padre. -

Por eso se aterró y se postró ante él, pidiendo perdón con lágrimas en los ojos, confesando su arrepentimiento, jurando que nunca más volvería a cometer una mala acción.

Pero, como Fermo había dicho, no sirvió de nada.

El hizo uso de su poder y convirtió a Yeda en una pequeña perrita blanca, que inmediatamente empezó a restregarse contra sus piernas,

agitando graciosamente el rabo.

Y pasaría mucho tiempo antes de que Yeda volviese a ser una mujer joven y hermosa.

Ese sería su castigo.

EPILOGO

Mientras Viktor Nowak desataba a Yanis Borzov, Fermo devolvió a la normalidad a los hombres convertidos en perros y a las mujeres convertidas en gatas, con quienes se reunían los tres unos momentos más tarde.

Las diecinueve mujeres de Zeltio se alegraron infinitamente al descubrir que Fermo no estaba muerto, como todos creían, y lo abrazaron y lo besaron con entusiasmo.

También el comandante Borzov recibió numerosos abrazos por parte de los miembros de la tripulación, jubilosos todos ellos por haberle encontrado sano y salvo.

Después, Fermo invitó a los terrestres a entrar en su palacio, para conocerlo.

El comandante Borzov y los miembros de su tripulación pasaron casi dos horas en el maravilloso palacio subterráneo de Fermo, un hombre afable, justo y cordial, quien, en el momento de la despedida, aseguró que tanto la «Saturno-XII» como cualquier otra astronave terrestre, sería siempre bien recibida en Zeltio.

Borzov dio las gracias a Fermo y luego él y su gente subieron a las «Cóndor» y emprendieron el regreso a la «Saturno-XII», que despegaba una hora más tarde.

La poderosa astronave fue cobrando rápidamente velocidad y, tan sólo unos minutos después, Zeltio había quedado tan atrás que ya no podía divisarse ni a través de la pantalla telescópica.

Viktor Nowak quedó en el puente de mando y Yanis Borzov se retiró a su camarote a descansar.

Ocho horas después, el comandante Borzov reemplazaba a su segundo, quien fue directamente al camarote de Karin Wheeler.

Al pasar por delante del camarote de Irene Krieg, la puerta se abrió y la escultural pelirroja se dejó ver, envuelta en una bata corta y brillante.

Viktor Nowak se detuvo, claro, y no pudo evitar que sus ojos bajaran hasta las portentosas piernas femeninas, que él tantas veces había acariciado y entre las cuales tantas veces se había instalado.

—Hola, Viktor.

—Hola, Irene.

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué clase de favor?

—Tengo un problema en la ducha.

—¿De veras?

—Sí, no cae el agua. Si fueras tan amable de echarle un vistazo...

estoy segura de que tú sabrás arreglarlo.

—De acuerdo, lo intentaré. Pero no le digas nada a Karin, ¿eh? Si se entera de que he estado en tu camarote, podría pensar que...

La pelirroja rió.

—Descuida, no se enterará.

Viktor entró en el camarote y fue al cuarto de baño, mientras Irene cerraba la puerta con su mando de control remoto.

El segundo de a bordo accionó la llave de la ducha.

El agua cayó instantáneamente.

Viktor, extrañado, se volvió.

—Irene, tu ducha no tiene ningún proble...

No acabó la frase.

Irene estaba en la puerta del baño, completamente desnuda, y le sonreía lascivamente.

—¿Decías, cariño...?

Viktor, tras posar un instante su mirada en los levantados pechos de la pelirroja, en sus formidables caderas y en el excitante triángulo de vello oscuro que poblaba su pubis, apretó las mandíbulas y masculló: —Conque éste era tu problema, ¿eh?

—Mi problema eres tú, Viktor.

---Entonces, no tiene solución.

—¿Estás seguro?

—Quiero a Karin y me casaré con ella cuando regresemos a la Tierra.

—No digo que no quieras a Karin, pero sé que a mí también me deseas.

—Te equivocas, Irene.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Abrázame y bésame. Si es cierto que no me deseas, después me soltarás y te marcharás.

—Piensas que no podré, ¿verdad?

—No, no podrás, Viktor. Seguirás abrazando mi cuerpo desnudo, me besarás con verdadera pasión, tus manos buscarán mis nalgas, mis caderas, mis pechos... —Irene se acarició todo lo que mencionaba, para excitarle.

Viktor sonrió.

—Acepto tu desafío, Irene.

—¡Estupendo! —se alegró ella, muy segura de su triunfo.

Viktor la abrazó y la besó en los labios.

Huelga decir que Irene le abrazó a su vez y le devolvió el beso con ardor.

Transcurrió casi un minuto.

Irene esperaba que de un momento a otro las manos de Viktor se

deslizasen en busca de aquellas zonas que ella había mencionado.

Lo que ocurrió, sin embargo, fue que Viktor interrumpió de pronto el beso y soltó el cuerpo desnudo de la pelirroja, de quien se separó seguidamente, —Lo siento por ti, Irene, pero has perdido. No te deseo a ti, deseo a Karin, y con ella voy a hacer e! amor dentro de unos instantes —dijo, tranquilo y sonriente.

Irene Krieg sufrió un ataque de rabia.

—¡Al infierno los dos! —rugió, desintegrándolo con la mirada.

—Date una ducha, Irene. Tal vez eso te calme —aconsejó Viktor. Y abandonó el camarote de la pelirroja.

Segundos después, entraba en el de Karin Wheeler.

—Hola, cariño.

—Hola, mi amor —le respondió ella.

Viktor la abrazó y besó sus sabrosos labios.

Karin lo olfateó,

—¡Huy, tú hueles a mujer!

Viktor no tuvo más remedio que contarle lo que había pasado.

—¿Me crees, Karin?

Ella desfrunció el ceño y le sonrió amorosamente.

—Sí, Viktor, te creo.. Y me alegro de que aceptaras el desafío de esa lagartona. Verás cómo, después de su rotundo fracaso, no vuelve a provocarte.

—Lo mismo pienso yo —sonrió también Viktor Nowak, y selló los deliciosos labios de Karin Wheeler con un largo y profundo beso.

FIN